PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ y FERNANDO LUQUE

LAS MUJERES MANDAN
O
CONTRA PEREZA DILIGENCIA

SAINETE

en dos actos, divididos en seis cuadros, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

Las mujeres mandan o Contra pereza diligencia

LAS MUJERES MANDAN
O
CONTRA PEREZA DILIGENCIA

SAINETE

en dos actos, divididos en seis cuadros

ORIGINAL DE

PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ y FERNANDO LUQUE

Estrenado en el TEATRO CÓMICO la noche del 12 de Marzo de 1917



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NÚMERO 551
1917

A mi madre

Fernando Luque.

Adherido

Pedro Pérez Fernández.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DÁMASA	Srta.	Prado.
PERPETUA	Sra.	Castellanos.
SALUD	Srta.	Aguila (M.)
LA PICÁ	Sra.	Franco.
SAGRARIO	Srta.	Carreras (P.)
MERCEDES		Román.
RITA		Melchor.
TRINI		Ortiz.
LA COBOS		Molina (A.)
EUFRASIA		Borda.
UNA MODISTILLA		Molina (P.)
LA PEQUE		Leal.
LOLA		Molina (P.)
ENCARNA		Borda.
SINFO		Carreras (M.)
LINA		Ortiz.
PACA		Molina (A.)
UNA SOCIA		Carreras (M.)
POLONIO	Sr.	Chicote.
PACO EL CAMARERITO		Aguirre.
VENANCIO		Soler.
GAUDENCIO		Delgado.
CARRATALÁ		Castro.
EUSEBIO		Hernández.
EL POLICÍA		Peinador.
EL MAESTRO		Guerra.
MÁS		Miranda
SERENO 1.º		Castro.
EL DIVINO		González.
MANOLO EL TOCAOR		Castro.
ESPINITA		Bastián.
EL EBANISTA		Guerra.
FELIPE		Hernández.
SERENO 2.º		Soler.
UN CARRETERO		Morales.
EL ALGUACIL		Ortiz.
EL GUARDIA NÚM. 280		Miranda.
UN TÍO BRUTO		Delgado.
EL SEÑORITO PIMPI		Bastián.
UN TRANVIARIO		Bermúdez.
EL GUARDIA NÚM. 303		Guerra.
UN ORGANILLERO		Bastián.
EL NEGRO		Guerra.
EL SEÑOR CAYETANO		Ortiz.

Aficionados al arte de Talía, puntos de baile, etc.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Vestíbulo y ambigú, todo en una pieza, de un Centro recreativo obrero. Pequeño mostrador a la izquierda, con vasos, tazas, botellas, etc. Un banco en el fondo. Puertas laterales y una al foro derecha, con esta inscripción sobre el dintel: C. O. R. D. I. L. L. A. Balcón en el foro izquierda.

(Al levantarse el telón, están en escena: La SEÑA PERPETUA que, gimoteando, mira repetidamente por el balcón y la puerta, y va de uno a otro lado muy nerviosa. El SEÑOR GAUDENCIO y el SEÑOR VENANCIO en primer término.)

Gaud. Pues usted dirá, señor presidente.

Ven. Pues ná, señor Gaudencio. Que los individuos de «este» ala, (Por la izquierda.) vamos, los socio de «La liga artística» y los individuos de «este» ala, (Por la derecha.) es decir, los que pertenecen al «Centro obrero recreativo demócrata» se han unido y han venido en queja a un servidor, su presidente común. Los socios de «La liga artística» se duelen de que la conserja desatiende el teatrillo hasta el punto de que las telarañas hacen tapices, y los socios del «Centro obrero recreativo demócrata» protestan de que no parecen las barajas.

Per. (Gimoteando.) Si no digo que no, si ya lo sé, si seguramente habré metío el remo muchis-

mas veces, si la baraja la debo tener yo, pero si es que he perdío la cabeza, ¡si es que no sé dónde la tengo!

Gaud. ¿La cabeza o la baraja?

Per. Las dos cosas, señor Gaudencio. Y es que esto de ser conserja de dos círculos a la vez no es pa mí, señor Venancio, no es pa mí. Los de «La liga artística» que si el teatro, que si los papeles, que si el telón... y los del «Centro recreativo» que si los naipes, que si el dominó, que si las bolas de billar... ¡Ay, señor Gaudencio, en la situación que yo me hallo!...

Ven. Aquí el vice y un servidor el presi de esta socie nos hacemos el cargo, señá Perpetua, de cómo debe usted tener el cajón del serrín. A más de que eso de que se extravíe la baraja en este Centro, no es una excentricidá; pero a lo que vamos es a las quejas repetidas que se nos han llevao al respective de que usted más que conserja, es hoy por hoy un fosterriere hidrófilo, y hay que comprimirse, señá Perpetua, hay que comprimirse, aunque aquí el vice y un servidor el presi nos hagamos el cargo.

Per. Usté calcule, señor Venancio, usté calcule.

Ven. Y por lo visto, la chica no ha comparecido aún.

Per. No, señor, y así llevamos dos días y son las once de la noche... y yo me voy a volver loca. ¿Pero dónde estará esa hija?

Gaud. ¿Es por un casual mayor de edad la Salud?

Per. Deciocho primaveras tié, señor Gaudencio, y un tipo... digo, ya la conocen ustés, de película, y guapa, un rato largo, y con un aquél, y una cosa y un postín y un... ¡bueno, y tres días con dos noches sin venir! ¿Pero dónde estará esa hija?

Ven. Aquí el vice y yo el presi nos hacemos el cargo.

Per. (A grito vivo.) ¡De tó esto tié la culpa el Gobierno!

Gaud. ¡Que sí, señora!

Per. Porque es que no puén salir las hijas de familia solas a la calle. En cuanto dan dos pasos bien daos, se las aproximan veinte

«músicos» indecorosos o un tío chimenea con brillantones, que se cree con derecho a tó, a tó, sí, señor, a tó.

Ven. Es decir, que cada dos pasos bien daos, un mal paso.

Per. No me lo miente usté. Si a mi Salud la hubiá pasao eso, ¡la mato! le digo a usté que la mato. (Gimiendo.) ¡Tres días con dos noches sin parecer por casa! (Berreando.) ¡Ay, señor Gaudencio, me da el corazón que mi hija es una desgraciá.

Ven. (A Gaudencio.) Corazonadas que hay.

Gaud. Pido la palabra para una cuestión de orden: Noto en el local la ausencia del distinguido vago Polonio. Polonio y la Salud son casi hermanos, se han criao juntos. ¿No estará ella con él, o él con ella? ¿Están ustés conmigo?

Per. ¡Quiá, no, señor! (Se sirve un vaso de agua con gotas, y sin cesar de dar ayes, se lo bebe, y mientras se dice lo que sigue:)

Ven. ¿Quién, Polonio? ¿Pero usté no sabe quién es Polonio?

Gaud. Hombre... ¡un hombre! ¡Se me hace a mí.

Ven. Pues anda usté errao. ¿Qué va a ser un hombre? Es una *cosa.* Polonie se apareció un día aquí cuando tenía diez años en calidad de perro golfo y aquí le acogió el marido de aquí, (Por la Perpetua.) y aquí continúa y va a cumplir la de Cristo. Come cuando se lo ponen a mano, y eso sin sacarlas del bolsillo; viste porque se lo echan encima... Ese abriguito de caracul que ahora se trae es un donativo de la Dámasa, primera aztriz y direztora de «La liga artística», sí que también pantalonera.

Gaud. Pues yo le he visto ahí con él (Señala un banco.) y no le sienta mal.

Ven. Como que no hay quien le levante. Donde le ponen se queda. Es de plomo. Ahí se sienta, ahí se aplasta y de ahí no se moviliza hasta que nos vamos tós y entonces va y se tumba en la mesa presidencial y

«Con Dios me acuesto,
con Dios me levanto,

si amanezgo, amanezgo,
y si no...

usté me entiende. En fin: que es un abúlico.

Gaud. ¡Mi abuela!

Ven. Quieo decir, que es como quien dice un hombre sin vo-lun-tad.

Gaud. ¡A ca-bá-ra-mos! Pero, ¿no vende perros en la Puerta del Sol?

Ven. ¡Que va a vender! Los lleva... por compañerismo, pero ná más. Al que se le acerca le pide treinta y siete duros por una perra... ¡y figúrese! Eso de los perros es un pretexto pa tomar el sol y que no le obliguen al circulen. Además, es un sistema de tracción que él se usa. En cuanto dan las horas de comer salen arreando los chuchos y se lo traen como en un trineo.

Gaud. ¡Miá qué bien!

Ven. Y que ahora tiene un galgo que es un reló.

Gaud. Será un canseco.

Ven. (Amagándole por el chiste) ¡Turista! En fin; si se quié usté dar cuenta definitiva de quién es Polonio, no tié más que fijarse en ese letrerito. (Por el de la puerta del fondo.) Es obra suya.

Gaud. (Leyendo.) Cordilla. Así al pronto parece el anuncio de un casquero. Yo no me lo he explicao entoavía.

Ven. Pues ná; que le dijimos que pusiera (Separando mucho las palabras.) Centro-obrero-recreativo-demócrata y La- liga-artística, y como le pareció largo, se salió por las iniciales. Estilo yanqui.

Gaud. (Repitiendo el ademán anterior.) ¡Turista!

(La señá Perpetua, que estaba en el balcón y fué a la puerta, rompe de nuevo en alaridos.)

Ven. Vamos, señá Perpetua, no se ponga usté dramaturga.

Per. ¡Que no me ponga! ¡Que no me ponga!... ¡Póngase usté en mi lugar! ¡Ay, estas hijas, señor, que se van solas a la calle. ¡Solas! ¡Si es un escándalo! ¡Solas! (Transición.) Porque, ¿quién las va a acompañar?... ¡Y se paran con el primero que les pregunta por unas señas y se fían del primero que se las hace y las dice que es un hombre decente y ca-

llao... ¡Callao! ¡Solas por esas calles, y con estas faldas de ahora! ¡Si tenía que suceder! (Berrea.) ¡Ay, mi Salud!

Gaud. Señora, por su salud, cálmese y recapacite. Su hija de usté y toas las hijas de toas las madres van ahora solas porque marchan con el *pogreso* y son feministas como en Londres, y no hay que amontonarse.

Per. (Llorando.) ¡Y no hay que amontonarse!

Ven. La chica volverá y ella dará sus excusas y el tiempo dirá si son o no acetables...

Per. En cuanto vuelva, le doy una paliza.

Ven. Dele.

Per. ¿Pero y si no vuelve?

Ven. ¡Dale! Si tiene usté mucho interés en ver a su hija y atizarla las morrás que por clasificación le corresponden, acuda a la brigada móvil...

(Entra por la puerta del foro DAMASA. Dámasa, primera actriz del cuadro artístico de aficionados de «La liga artística», es una mujer-relámpago. Todo lo hace rápidamente: sus gestos, sus ademanes, indican claramente que su sistema nervioso está siempre de punta. Es tan «rápida», que cuando pregunta, no aguarda la contestación; se contesta ella y en paz. Entra, como se ha dicho, por el foro, como una bala y sale de escena por la puerta de la izquierda como un cohete.)

Dám. Buenas noches. ¿Buenas noches? ¡Qué va a hacer buena noche! Hace un frío que pela. ¿No? ¡Ya lo creo que hace un frío que pela! ¡Anda, el Venancio; se le saluda, no hay de qué! ¡Caramba, señor Gaudencio! Bien, ¿y usté? bien, muchas gracias, no hay de qué. (A Perpetua.) ¡Mi madre, cómo está usté de arrebatá! ¿Le pasa a usté algo? ¿No le pasa ná? ¡Cuánto me alegro! (A Venancio.) La opereta como los ángeles, señor presidente. ¿Han venío los aficionados, señora Perpetua? ¡A ver, son las diecito y media!... Pero tó no lo va a hacer una a un tiempo. Una es de oficio y, ¿de qué come una? ¡Pues entonces! ¿No es verdá? ¡Ya lo creo que es la fija! Si fuá yo doña María Guerrero... ¡Ea; y no me entretengan ustés! De aquí a un rato. (Vase.)

Gaud. (Imitando un cohete.) ¡Chiss... pum!

Per. Vaya usté con Dios, Dámasa.

Gaud. (Como atontado.) ¡Ah! ¿pero ha sío la Dámasa eso que ha entrao? Yo creí que era el Padre Ripalda con preguntas y respuestas.

Per. ¡Quién fuera tan decidida como ella!

Ven. (Volviendo a su interrumpida conversación.) Pues apuntaba que la brigada móvil...

Per. ¡Quite usté allá, señor Venancio! ¿Yo dar un escándalo? ¿Pa que la gente se entere de lo que no le importa? ¡De dónde! ¿Y el honor de mi hija? ¡Si eso es lo único que tiene la pobre!

Ven. (A Gaudencio.) Ilusas que hay.

Per. Y si después resulta que doy que decir y viene la chica tan cabal como el día que nació, ¿quién le quita el sambenito?

Ven. Insisto en lo de la brigada. Porque, vamos, ya, ¿qué más da? Son dos días los que falta la chica del hogar materno y,.. en los cines hay sesiones continuas, pero no tan dilatadas, señora.

Per. Sí, señor; pero a lo mejor... ¡Vamos, que no me hago a la idea! ¿Y el sambenito, señor Venancio, y el sambenito?

Ven. ¡Y dale con el San Benito! ¿Pero qué San Benito?

Gaud. (A Venancio.) Alguna medalla que llevaría al cuello.

Ven. ¡Pues habrá que oir a San Benito!

Per. (A Venancio.) Mirusté: Si fuera verdad lo que usté calcula, y pué que lo sea, verla entrar por esas puertas y volverme una leona... ¡Ay, si fuera verdad! (Como dirigiéndose a su hija que apareciera de repente por el fondo, pero diciéndoselo y haciéndoselo todo al señor Venancio.) Hola, mujer... (Se pone en jarras. Muy en rabanera.) ¡Dichosos los ojos!... Yo que tú no hubiera vuelto, ¿pa qué? (Tira de un manotazo un botijo que hay sobre el mostrador y unos cuantos vasos.) ¡Ah, sinvergüenza! ¿Y tú eras la mosquita muerta? (Zamarreando desconsideradamente al señor Venancio.) ¡Toma, mala pécora! ¡Si no pagas con la vida! ¡Si te voy a sacar los ojos!...

Gaud. (Queriéndose interponer.) ¡Señá Perpetua!

Per. (Ciega de coraje y buscándole un moño al pobre señor Venancio.) ¡No se ponga usté por medio, que se la gana! ¡Déjeme usté que la arranque el

pellejo! ¡Si tenía que suceder! De tal palo, tal astilla. Escapá de casa, ¡escapá de casa! ¡Si sales al canalla del sinvergüenza de tu padre, que en paz descanse el pobre... que se escapó conmigo! ¿A quién vas a salir?... ¡Mala hija! (Pegándole a Venancio.) ¡Toma!

Ven. ¡Pero señora!...

Per. ¡No me contestes, que es peor! ¡Te mato! ¡Vaya si te mato! ¡Ya lo creo que te mato!

Ven. ¡Señora Perpetua! ¡Caray, señora Perpetua! ¡Que está usté abusando de la debilidad de su sexo, señora Perpetua!

Per. (Sin dejar de zamarrear a Venancio.) ¡Ciega! ¡Ciega estoy! ¡Estoy ciega!...

(Aparece en la puerta del foro POLONIO, muy despacito. Trae al brazo un par de perros falderos.)

Gaud. ¡Polonio, ayúdame, que le mata!

Pol. (Con muchísima cachaza.) Déjela usted, pa cien años que va uno a vivir... (Se sienta tranquilamente en un banco y se pone a presenciar cómo Gaudencio sujeta a Perpetua, que toda despeinada, sigue diciendo insultos al señor Venancio, quien se compone como puede la ropa.)

Per. (A Gaudencio.) ¡No me sujete usté, que le muerdo! ¡Si no me importa ir a la cárcel! ¡Si no me importa! ¡Te mato, canalla! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ayayayayyy!... (La da un accidente y se queda en brazos de Gaudencio.)

Gaud. Polonio, que se me cae, que se me mata.

Pol. (Muy tranquilo, sin levantarse.) ¡Pa cien años que va uno a vivir!...

Gaud. (Dejando a la señora Perpetua sobre una silla.) Pues ahí te la dejo. Tú verás lo que la haces.

Pol. (Muy tranquilo.) ¡Ya se la pasará! Y si no, ¿qué pasa? ¡Pa cien años que va uno a vivir...

Ven. (Arreglándose la ropa.) ¡Rediez con el ensayito!

Gaud. Vamos, señor Venancio, ¡Caray, cómo le ha puesto!

Ven. (Muy digno, haciendo mutis.) ¡Joroba! (A Gaudencio.) ¡Que no se sepa! ¡Que no se sepa, eh! Que no se sepa que una mujer me... ¡Que no se sepa!

Gaud. Descuide usted, descuide usted.

Ven. ¡Que no se sepa! (Vanse los dos por el foro. Quedan solos Polonio y Perpetua. Polonio, sentado en el banco, muy contento de haber nacido, y la Perpetua

se revuelve en la silla y da gritos inarticulados, presa del ataque.)

Pol. (Bosteza y abre una boca como la puerta de Alcalá.) ¡Aaaah!... Caray, cómo se me abre la boca. ¿A que resulta que tengo hambre? (Cayendo en la cuenta.) ¡Toma, pues ya lo creo que tengo hambre; como que ahora que caigo, hace cuarenta y ocho horas que esta señora no me echa de comer. (Mirando las contorsiones de la Perpetua. peeo sin levantarse del banco.) ¡Pobrecilla! (Bostezando.) ¡Aaah! ¡Miá que habérsele escapao la hija!... (La Perpétua da un salto.) ¡Y se va a matar! Bueno; pa cien años que va uno a vivir... ¡Sea usted madre para esto! (La Perpetua lanza otro gruñido y hace dos o tres contorsiones.) ¡Aaah!... (Bostezando.) ¡Aaah!... (Sacándose del bolsillo del chaleco una moneda.) ¡Hombre, diecito! ¡Lo bien que me vendría ahora un panecillo bajo! Pero yo no bajo, ¿pa qué? Si bajo tengo que subir y como ya estoy arriba, ¿pa qué voy a bajar? (Perpétua vuelve a contorsionarse y a darse de cabezazos sobre el mostrador, donde está apoyada la silla.) ¡Atiza! (Se levanta del banco cachazudamente, pero no da un paso.) ¡Se esnuca! ¡Ay que ver! (Se desespereza.) Hala, al catre. Algún día parecerá la hija y comeremos. Y si no comemos... pa cien años que va uno a vivir...

Per. (En la «furia» del ataque.) ¡Ay! ¡Hip! ¡Hop! ¡Hun! ¡Ay!

Pol. (Inicia el mutis por la derecha.) ¡Y sin nadie que le eche una mano a la cabeza, que es donde se está dando los golpes! ¡Se va a quedar en el sitio! (Bostezando.) ¡Aaaaah! (Desesperezándose fuertemente y haciendo mutis con mucha tranquilidad.) ¡Aaaaah! ¡Aaaaah!... ¡¡Ah!! (Salen por la derecha DAMASA, LA COBOS, LINA, CARRATALA, EUSEBIO, EL MAESTRO, MAS y el Coro general. La Cobos es una vieja característica de alquiler. Carratalá un dependiente de ultramarinos, ensabañonado él, y aficionado al teatro, con más humos que don Pedro Delgado (q. e. p. d.). Eusebio, el apuntador de la compañía, el Maestro, un ciego con perilla y el Coro, representará un elenco de segundas partes, procedentes de la fábrica de tabacos y de los establecimientos de quincalla del barrio, en el cual se en-

cuentran Lina y Más. Sale cada uno arrastrando una silla; vienen soplándose los dedos de frío. Carratalá y Eusebio empujan un piano que sacan a escena.)

Dám. Por aquí, maestro. ¡Aquí todos! Refresco, con el escenario!

Car. (Dándose una paliza sorda para entrar en calor.) Siquiera esto está más abrigao. (Y no habla hasta nueva orden, pero se pasea, leyendo para sí su papel y accionando trágicamente. El Maestro se sienta al piano, los demás se sientan en animados corrillos.)

Dám. Calefacción por alcohol. (Por las botellas. Viendo a la Perpetua que yace sobre la silla bastante más tranquila y sin contorsiones.) ¡Anda la conserja! ¿Pues no está roque? (Se le acerca.) ¡Señá Perpétua!

Per. (Despertando sobresaltada y dando un grito.) ¿Qué? ¿Qué hay?

Car. ¡Rediez, qué frío! (Vuelve a leer su papel.)

Dám. (A Perpetua.) No se asuste usted, que no es ná. Es que nos venimos a ensayar aquí, que allí dentro no podemos hacer el huevo porque se nos hielan las yemas. (Perpetua se ha quedado con la cabeza entre las manos.) ¿Da usted su permiso? (Gritando mucho.) ¿Que si da usted su permiso?

Per. ¡Qué voy a dar! (Levantándose malhumorada.) ¡Pues si que estoy yo pa músicas!

Dám. ¿Y por qué no lo ha dicho usted antes?

Per. No sé cuándc. Se han colao ustés sin más ni más.

Dám. Pues es lo mismo. ¿No es lo mismo? Pues sí es lo mismo. (A Eusebio.) Tú, apunta donde hemos quedao.

Per. ¡Y se quedan! Pero oiga usted...

Dám. Que no oiga yo nada.. (Colocando las figuras del ensayo.) A ver, el Rey. ¿Dónde está el Rey?

Car. Servidor y peón. (Se limpia la boca con la manga de la blusa.)

Dám. (Haciéndole subir sobre el respaldo de una silla.) El Rey aquí. La Infantina... ¿Y la Infantina?

Car. No ha venido. Tenía que velar.

Dám. ¡Tenía que verse!

Per. ¡Pero señá Dámasa!

Dám. ¿Quié usté hacer de Infantina, señá Perpetua?

Per. (Descompuesta.) Ná; que soy yo la que tié que ausentarse. (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡Maldita sea la...! (Vase.)

Dám. ¡Que se alivie!... Lina, cubre la Infantina.

Lina Como usté mande.

Dám. La Duquesa... Tú, Encarna, tú tiés tipo de Duquesa; a este lao. ¿Y el almirante?

Más Aquí hay un cacho.

Dám. Dándole el brazo a la Infantina, ¡vivo! (Al Coro.) La aristocracia a la derecha. (A Carratalá que ha tomado por trono de su realeza una silla y está sentado en el respaldo.) Tú, ¿te sabes ya el bocadillo o estamos como anoche?

Car. Anoche es que me lo comí, pero como entre hoy a tiempo, verá usté si lo digo. ¡Como que me he comprao la obra pa leérmelo en letra de molde.

Dám. Pues ojo, y a ver vosotros si es que sus enterais. Este es un palacio donde se celebra una fiesta en honor de un Rey, que es aquí el andovales. Y entro yo. (A Eusebio, el apuntador, que se ha sentado en el suelo.) Venga, Eusebio.

Eus. (Apuntando.) ¡Oh, la Duquesa!

Dám. (Haciendo que entra con parsimonia elegante y saludando a la Encarna.) Hola, Duquesa.

Eus. (Apuntando.) «Oh, la Infantina!»

Dám. (Saludando a Lina.) ¡Hola, Infantina!

Eus. No, no es eso.

Dám. (Declamando.) No, no es eso.

Eus. ¡Que no es eso!

Dám. ¿Pero qué dices?

Eus. Fíjese usté cómo es. (Leyendo.) «Entrando. ¡Oh, la Duquesa! ¡Oh, la Infantina! ¡Oh, el Rey!»

Dám. Ah, ya... sí, sin darle importancia: «O la Duquesa, o la Infantina, o el Rey, vamos.»

Eus. (Chungón.) Bueno.

Dám. Pues prosigüe.

Eus. Prosigüo. (Apuntando.) «Señor.»

Dám. Señor, ¿qué?

Eus. (Leyendo.) «¡Señor!»—inclinándose.

Dám. Ah, ya. ¡Señor! (Se inclina ante Carratalá exageradamente.)

Eus. El Rey... (A Carratalá.) Tú.

Car. (Interrumpiéndole.) No me apuntes. ¡Pa que se

vea! (Muy nervioso se limpia la boca con la manga de la camisa, se sube los pantalones y dice todo lo que sigue muy entonado, muy afectado y muy seguido, sin hacer un punto ni una coma: tal y como está escrito.) «Cortesana cortesana, el Rey se levanta, todos se levantan sonríe y tiende la mano se la besa Marietta el Rey te da permiso para que cantes tu canción todos asienten el Rey se sienta todos se sientan música el Rey se levanta, todos se levantan bravo bien por Dios que me ha gustado todos aplauden el Rey se sienta se hace el oscuro apoteósis música cae el telón fin. ¿Me lo sé o no me lo sé? ¡Pues entonces! (Vuelve a limpiarse la boca con la manga. Todos se ríen y le arman un escándalo. Eusebio le tira el libro, otro le tira el sombrero.)

Dám. ¿Pero dice todo eso el Rey?

Eus. ¡Qué va a decir! Casi todo son acotaciones.

Car. Será lo que sea. El caso es que yo no me he comido na.

Dám. Ni nosotros, porque nos hemos quedao en ayunas. ¡Este tío es un ansioso!

(Por la puerta del foro entra VENANCIO seguido de el POLICIA.)

Ven. Buenas noches. ¿Qué se hace?

Dám. Ensayando la opereta.

Car. (Dándose golpes para entrar en calor.) Y sudando horchata, señor presidente.

Ven. Bueno, pues abajo el trapo y que salga la conserja.

Dám. (En voz no muy alta.) ¡Señá Perpetua! ¡Señá Perpetua!

Policía. (A Venancio.) Conste que yo vengo como si dijéramos a *priori*, porque la interesada debe ir con este asunto a la Jefatura.

Car. ¡Arrea, la poli!

Dám. ¿La poli? ¿Qué va a ser la poli? (A Venancio.) ¿Pero este señor es de la poli? ¡Claro que es de la poli! ¡Haberlo dicho! (Gritando mucho.) ¡Señá Perpétuaaaa...!

Per. (Saliendo malhumorada.) ¿Quéee... pasa?

Ven. (Al Policía, ocultándose tras él.) Ande usté con ella.

Policía ¿Es usté la señora conserja de este Círculo?

Per. (Muy entera.) Servidora.

Policía Pues usté dirá.

Per. Yo, ¿el qué?

Ven. Señá Perpétua, no se oceque. Yo soy un hombre que no desiste de sus ideas; le apunté a usté lo de la brigada móvil y aquí el señor es un policía...

Per. (Le entra un temblor nervioso y un castañetear de dientes que ni en el día del juicio.) ¡Ay, un poli! ¡Bbbbb....! ¡Bbbbb...!

Policía Vamos a ver, señora. Usted, según me ha dicho aquí el señor, es madre.

Per. ¡Yo no sé ná! ¡Bbbb...! ¡Bbbb...!

Policía De una joven agraciada, menor de edad, soltera y pantalonera.

Per. ¡Yo no sé ná! ¡Bbbb...! ¡Bbbb...!

Policía Que no sabe usted por donde anda.

Per. ¡Bbbb...! ¡Bbbb...! Yo no sé ná.

Policía Y quié usted saberlo.

Per. Yo lo que quiero saber es pa qué me pregunta usté to eso.

Policía ¿Pero no se le ha perdido?

Per. A mí no se me ha perdido ná, ni a usté tampoco, ni yo sé ná, ni usté va a saber ná ¡ni ná!

Policía De manera que aquí...

Per. Aquí no ha pasao ná.

Policía Está bien. (A Venancio.) ¿Usté cómo se llama?

Ven. ¿Hombre, yo?

Policía Haga usté el favor de venir conmigo a la Comisaría. A la autoridad no se la puede tomar el pelo. ¡Andando!

Ven. Pero oiga usté.

Policía En la Comisaría le preguntarán a usté.

Ven. ¡Nos ha pringao la conserja!

Policía (Empujándole.) Ande usté, hombre, ande usté.

Ven. Pero maldita sea la...

Policía Que no conteste usté. ¡A la Comisaría! Buenas noches, señores. (Vanse Venancio y el Policía. Abucheo general.)

Dám. ¡Plancha policíaca! ¿Qué es eso, señá Perpétua, va usté a llorar?

Per. ¡Ay, Dámasa, qué desgraciada soy! (Rompe a llorar.)

Dám. ¿Pero qué dice usté?

Per. Que soy una madre desgraciá con una hija que no parece.

Dám. (Nerviosa.) ¿Que no parece qué?

Per. ¡¡Que no parece mi hija!!

Dám. (Más nerviosa.) ¿Que no parece hija de usté?

Per. ¡¡Que no parece!!

Dám. ¿Pero por qué no lo parece?

Per. ¡¡¡Porque no parece!!!

Dám. ¡¡Que no la entiendo!! ¿Que si la entiendo? ¡Pues no la entiendo! ¡Ya lo creo que no la entiendo!

Car. ¿Pero es que se ha perdido su hija, señá Perpetua?

Per. Eso no lo sé, pero hace tres noches que no viene.

Dám. (Ya con los nervios como alfileres de punta.) ¿Eh? ¿Qué? ¿La Salud? ¿Dice la Salud? ¡Pues ya lo creo que dice la Salud! (A Perpetua.) ¿Y ha perdió usté la Salud y se está usté así? ¿Y se lo calla usted? ¡Ya lo creo que se calla! ¿Y esto se va a quedar así? No, señora. ¡Ya lo creo que no señora! Usté tendrá toda la cachaza que Dios quiera, pero la Salud es mi amiga y a mí no se me pierde una amiga. ¡Qué se me va a perder a mí una amiga! ¡Ya lo creo que no se me pierde a mí ninguna amiga! Pues apañada soy yo. Yo la busco, yo la encuentro. ¡¡Ya lo creo que la busco!! ¡¡Ya lo creo que la encuentro!! ¿Y por qué no se lo ha dicho usté al Policía?

Per. (Sollozando.) Por no dar escándalo. Escándalo no. (Rompiendo a dar gritos, que se oyen en Alcalá de Henares.) ¡¡¡Porque yo no quiero dar escándalo!!! ¡¡¡Mala hija!!! ¡¡¡Si ya lo veía yo venir!!! (Tomándola con la Dámasa.) ¡¡¡Ay!!! ¡¡¡Acércate, que te pelo!!!

Dám. (Echando a correr perseguida por Perpétua.) ¡Señá Perpetua!

Car. ¡Darla algo, que la va a dar algo! (Algunos pretenden contenerla.)

Per. (A empujones se libra.) ¡Dejarme!

Car. Que la da, que la da!

Per. (Persiguiendo a Dámasa.) Dejarme, que la mato, ¡mala hembra! ¡Perdida! (Le arrima un golpe.)

Dám. ¡Ay, ay, ay!

Todos (Sujetando a la Perpetua.) ¡Ay!...

Per. ¡¡¡Te mato, te mato, te mato...!!!

(Gran escándalo. Sale una bota enorme por la puerta de la derecha y cae en el centro de la escena.)

Todos (Asustados.) ¡Ay! (Silencio y pasmo.)

Dám. (Cogiendo la bota.) ¿De quién es este cuarenta y dos?

Per. (Más tranquila por el susto, pero hipando.) De Polonio debe ser. Estará pa dormirse y nos avisa que nos callemos.

Dám. ¡Ah! ¿Pero está ahí ese... zepelín?

Car. Anda, pues ese conoce todos los pasos de su chica, y pué que nos arroje alguna luz.

Per. (Hipando.) O la otra bota.

Dám. ¿Pero es verdad que él sabe algo de eso?

Per. (Llorando.) Vaya usted a saber lo que ese sabe. Ya se lo he preguntao, pero el muy... especial, me ha dicho que pa cien años que vamos a vivir que no se mete en líos.

Dám. (Enérgica a los hombres.) ¡Que me traigan a Polonio! ¡Sacarlo! ¡Sacarlo de ahí! (Varios hombres entran a cumplir la orden.) Y si se le han pegao las sábanas, pegarle hasta que se despegue. Venga mi mantón. (Le coge del piano.) De manera que Polonio lo sabe. ¿Lo sabe y no lo dice? (A Perpetua.) ¿No lo dice y usted no se lo extrae? ¿Usted no se lo extrae y él se acuesta? ¿El se acuesta y usted en vela? ¿Cómo si a uste qué? ¿A usted qué? ¡Pues a mí, quiá! (En hombros de cuatro o seis, sale Polonio dormido como una marmota.)

Car. Aquí está esto, pero no se despierta.

Dám. ¡¡Venga ese hombre!!

Per. ¿Lo va usted a empeñar?

Dám. ¡Yo, señá Perpetua! Yo soy la que se empeña esta noche en que esa chica parece, y me parece que parece. (Gritando.) ¡Polonio! ¡Polonio! ¡Mi madre! ni cloroformizao.

Car. Pa mí que le ha gustao el somier y se hace el loco.

Dám. Es lo mismo. Tirar pa alante. Ya se despertará en cuanto le dé el fresco en la calle. (Suena fuera una música de bandurrias, flautas, rayadores y panderetas.) ¡Mira qué bien! Una comparsa ensayando pa Carnaval. ¡Llevad el paso! ¡Marchen!

Todos (Tarareando la musiquilla de la comparsa y siguiendo a los cuatro que llevan en hombros a Polonio, salen por el foro.) La larará lalá lala... lari. lari laró... (Vanse.)

Per. ¡Que Dios se lo pague, Dámasa!

Dám. (Envolviéndose muy chulona en el mantón.) Usté se acuesta... y usté ronque... y usté se alivie; que yo le devuelvo a usté la Salud, como me llamo Dámasa la Polvorita. ¿Que no me llaman la Polvorita? ¡¡Ya lo creo que me llaman la Polvorita!! (Se planta muy bien plantá, se emboza muy jacarandosamente en su mantón, y sale por el foro, tarareando la musiquilla de la comparsa.) Trá larará lará lairon tran la...

TELÓN LENTO

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de calle. Es de noche

—

(Al levantare el telón está en escena un SERENO que, junto a un farol, lee un periódico. Suena una campanada.)

El ser. La media. Me gusta este rotativo, por lo claro que lo expone tó. (Lee con gran dificultad.) «Según von Wunr... bemu... ger... el general Rack... chzzom... bjleitz, sin el apoyo del fuerte 2 chanmovvig.. junto al río Srua... boarajaklata, tendrá que evacuar la región de Plaudwouovi... na-Kramovgr y la línea ferroviaria de Zonon... chour-Riffraiklan... deir-Chon-bichnovich. (Se limpia la boca con la manga.) ¡Está claro!

Uno (Dentro, por la izquierda, con voz de bajo profundo.) ¡Serenooo!

El ser. (Cachazudamente.) ¡Vaaa! (Emprende una marcha lenta.)

Una (Dentro, por la derecha, con voz de tiple ligera.) ¡Sereno!

El ser. (Volviéndose rápidamente.) ¡Va! ¡Va! ¡Va!... (Sale a escape por la derecha.)

(La Dámasa, muy arrebujada en su mantón, sale por la izquierda, andando nerviosa, deprisita, taconeando graciosamente.)

Dám. (Saliendo.) ¡Anda!... ¡Anda!... ¡Anda!... (Este último grito, le da, entrando en la caja opuesta, pero

como pase un segundo, y no es un segundo lo que ella quiere que pase, sale nuevamente, da una rabotada, y queda en jarras moviendo la cabeza y dando en el «adoquinao» con la punta del pie. Esto es detallar y lo demás es brocha gorda.) Pero... ¡Vamos! (Como diciendo «¡Que te la pisas».) ¡Vamos! (Al cabo, aparece Polonio, medio adormilado, con el cuello del abriguito de caracul subido; viene haciendo un pitillo muy delgado y andando como si se pasease por la Costa Azul; ahora mueve una pierna, ahora la otra, ahora ninguna... ¡de sportman aburrido!... Se pone el pitillo en la boca y empieza a darse un masaje general buscando cerillas. Vuelve la cabeza, y se fija en la Dámasa, que le contempla consumiéndose.)

Pol. ¡Hombre, ya que está usté ahí!...

Dám. (Estallando) ¡Y echando lumbre!

Pol. (Como si no.) Eche usté lumbre.

Dám. (Recriminándole entre dientes.) ¡Polonio! ¡Polonio! (A gritos.) No me quemes la sangre... (Entre dientes.) Mira que no está el horno pa bollos... (A gritos.) ¡Que está pa tortas! (Entre dientes.) ¿Pero es que no vas andar, arrastrao?

Pol. Arrastrao, bueno.

Dám. ¡Pues te arrastro! ¿Que no te arrastro? ¡Vaya si te arrastro!

Pol. No, si lo creo. Y me canta usté diez de últimas. ¡Como que me está usté dando un tute!

Dám. *Me se* hace a mí que va a ser julepe.

Pol. Mus.

Dám. ¿Cómo mus?

Pol. Que *mus* hace, porque a mí también *me se* hace que es julepe. ¡Camará, que fos-trote!

Dám. Bueno, anda.

Pol. Vamos...

Dám. ¡Vamos, vamos! (Medio mutis.)

Pol. (Sin moverse.) No; si digo qué ¡vamos! que ¡qué cosas tié utté!

Dám. (Volviéndose.) Pero...

Pol. (Malhumorándose a su modo.) ¡Anda! ¡Anda¡ ¡Y anda! Pues, ¡anda! ¿Usté cree que tengo yo en las botas el movimiento continuo? ¿O me ha tomao usté por el judío errabundo? ¡Hay que atisbar! ¡De Chamberí a Lavapies, a pie y sin dinero! ¡A este paso la vida es un fuelle!

Dám. (Con los dientes juntos. Si le valiera le trituraba.) Pero ven acá, ¡monoplano! ¿No se t'ha sacao del lecho en hombros que ni que fuás un Joselito? ¿No se t'ha llevao detrás de la Filarmónica de Chamberí para que te animaras? ¿No se t'ha despertao como al Duque de Tamames, por el procedimiento hidroterápico en la fuente de la calle de los Artistas? ¿No se t'han pagao seis tupis con copa y cuatro chatos con tapa pa darte cuerda? ¿O es que ahora quieres que salgan las mulillas por tí.

Pol. Por mí, que salgan por mí.

Dám. ¿Pero no estamos ya, según dices, a dos pasos de donde pué que se encuentre la Salú?

Pol. Y tanto que a dos

Dám. ¿Y tú crees que si no los damos, vamos a llegar?

Pol. ¿Pero qué vamos a dar? ¿Usté cree que están los tiempos para dar?

Dám. ¡Ay! Pa mí que lo que tiés tú es pánico y te «retratas». ¿Que no te «retratas?» Ya lo creo que te «retratas.»

Pol. ¿Quié, yo? ¿Pánico, yo? ¿Miedo yo de entrar en un baile? ¿Yo? Si le obligasen a bailar a uno, no digo, porque yo no doy una vuelta ni en calderilla. «Coste» lo que «coste». ¡Eso, que «coste».

Dám. ¿De veras, rico? ¡Tú harás tó lo que sea necesario hasta que encontremos la Salú!

Pol. ¡Sí que la vamos a encontrar con la helá que hace! ¡Como no sea un trancazo!...

Dám. (Enfurecida.) ¡Ea; se acabó lo que se daba! (Se tercia el mantón y le empuja.) ¡Andando, pollo!

Pol. ¡Ay, Dámasa! ¡Que se me despelleja el caracul!

Dám. (Empujando.) ¡Haraganote! ¡Cazurrón! ¡Cachazudo! ¡Arrea p'alante!

Pol. (Empujado por la Dámasa, avanza poco a poco.) Así no llegamos nunca.

Dám. Es la única manera de llegar alguna vez. ¡Anda! ¡Anda! y ¡Anda!

Pol. Bueno; lo que yo le digo a usté es que así no llegamos nunca.

Dám. (Empujándole y haciéndole andar a la fuerza.) Anda p'alante.

Pol. Que si ando p'alante no llegamos a la casa donde está la Salu.

Dám. (Empujándole.) ¡Anda p'alante!

Pol. Buéno: yo ando p'alante, pero la casa es esa. (Señala una de las puertas del telón corto.)

Dám. ¡Ah, burro!

Pol. ¡Ya le dije a usté que estábamos a dos pasos!

Dám. (Empuja a Polonio y lo hace entrar en la casa a fuerza de golpes y empujones.) ¡Ah, sinvergüenza! ¡Le parece a usté el muy haragán! ¿Y pa esto me has tenido aquí media hora? ¡so troncho! Si no mereces el pan que comes... ¡Beduino! ¡Holgazán! ¡Poste! (Hacen mutis mientras cae lentamente el telón.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Vestíbulo de un baile público, establecido en una casa particular, de esos bailes madrileños hasta los «reaños», donde, aunque el movimiento es continuo, porque dura las veinticuatro horas del día, no se «bebe vino», frase que traducida del lenguaje castizo quiere decir que no hay reservados ni rincón alguno deshonesto. En el foro, al centro, una puerta con montante de cristales, un globo de luz muy viejo, y una mampara derrengada y desollada; a la derecha, varias perchas en el lienzo de pared y una tabla al frente sobre dos pies derechos «si que también» zambos. (Es el guardarropa. Hay que distinguir.) A la izquierda, otra puerta con una cortina tras la cual se ve luz y que deja ver al correrse un comedor donde varios socios y socias cantan, beben y patalean, sin faltar a la moral. En el lateral derecha, una puerta con este letrero: «Paso al salón.» En el lateral izquierda, otra puerta con vidrieras. Al levantarse el telón se oye hacia la derecha un pianillo de manubrio, que toca un fox-trot y no cesa de tocar hasta la salida de Felipe, y en el comedor un jaleo de tango, acompañado de guitarra, palmadas, ayes y olés. De bruces sobre el mostrador del guardarropa, duerme «el Divino», un golfo ascendido a guardarropero. Gran pausa descriptiva. ¡Vaya tono! En seguida sale por la puerta de la derecha un chulillo escuálido al que vamos a llamar ESPINITA, tiritando de frío; saca una chapa de las que entregan en el guardarropa, se acerca a él y da con la ficha sobre el mostrador repetidas veces.

Esp. Tú, Divino, no te adormiles. (Dándole un cachete en la cabeza.) ¡Vamos, hombre! ¡A ver mi prenda, que me voy, y hace frío en la calle, y no es cosa de ir a cuerpo. El 34.

Div. (Despertando, cogiendo la ficha y dándole una gorrita al Espinita.) ¡Vaya unos modales! ¡Ahí va!

Esp. (Poniéndose la gorra.) Parece que no, pero esto ya es otra cosa. Se sube la solapa de la americanilla y se va por la puerta del foro, frotándose las manos. Se cruza en la puerta con una pareja que entra. Es un tal (a) EL EBANISTA y una tal LA LOLA. A la pareja.) Buenas noches, au revoire. (Vase,)

Lola ¡Que fino es ese muchacho!

Eban. Transparente. (Se dirige al guardarropa.) Ahí va el tapa hambres, Divino. (Le da una bufanda a cambio de una chapa. Sale en este instante por la puerta de la derecha otra pareja. Son FELIPE y EUFRASIA, del gremio de ultramarinos y doncella para todo, respectivamente.)

Fel. (A Eufrasia.) ¿Ves, tonta, como no te engañaba Este es un baile particular, pero muy decente.

Euf. (Arrebolada y pizpireta.) ¡Ay, pero nos vamos ya!

Fel. Retontina, si son las once y cuarenta y cinco y tiés que hacer la cena a tus señores.

Euf. ¡Ay, y que van al teatro!

Fel. Otro día venimos más pronto.

Euf. ¡Ay, sí; más pronto, más pronto! (Se cambian dos cachetitos cariñosos, se ríen tontamente y Felipe se acerca al guardorropa. El Ebanista y la Lola se van por la derecha, cogiditos del brazo.)

Fel. (Al Divino.) El número 1.

Div. Ahí va. (Le entrega una pelliza.)

Fel. Oiga usted, guardarropero; lo mío es capa.

Div. Pues usté disimule; pero las capas se acabaron a las diez.

Fel. ¿Cómo qué?

Div. (Señalando un cartelón en el que se lee:. «No se admiten reclamaciones».) Lea: Artículo deciocho del reglamento.

Fel. Oiga usted, ¿y vienen abrigos de pieles?

Div. Se dan casos.

Fel. (Poniéndose la pelliza, que le viene muy ancha.) Pues hasta mañana tempranito. No hay que alboratarse. Hasta mañanita.

Div. ¡Es lo bueno que tiene el intercambio! (Se

echa a dormir nuevamente y se van por el foro Felipe y la Eufrasia.)

(Sale del comedor, es decir, se asoma y vuelve a entrar, una respetable jamona, gerente y dueña del «baile», que se llama SINFOROSA (a) LA PICÁ.)

Picá (Al del guardarropa.) Tú, ¡eh!, tú. Tráete otra más de ojén y un sifón.

Div. ¡Va!

Picá Oye. ¿Has ido por el jarabe a la botica?

Div. No he tenío tiempo.

Picá Arrea en cuanto puedas.

Div ¿Voy ahora?

Picá Primero el ojén.

(Cesa el organillo.)

Div. Bueno.

(Entra por la derecha, cruzándose con DAMASA y POLONIO que salen del salón hechos harina del fox-trot que se acaban de marcar. La Dámasa, sofocadísima, dándose aire con las manos, va recorriendo la escena, y como quien no hace la cosa, mete las narices por todas partes y por todas las puertas.)

Pol. (Jadeante.) ¡Ag... ag... ag...! Dámasa, esto no es bailar, estos son trabajos forzados. ¡Ay... ay... ay!

Dám. Hijo, es que nos han tocao un «fos trote», pero ahora viene una habanera.

Pol. Ni que venga un guardia. Yo no bailo más aunque me pinche un dedo.

Dám. El que algo quiere, algo le cuesta. ¿Que no? ¡Pues sí! ¡Ya lo creo que sí!

Pol. ¡Pero si yo no quiero ná! Además, no es que yo pida bailar con un somier, pero es que usté se trae un estilo de codorniz, que conmociona. (Da saltitos.)

Dám. Si no bailásemos, nos haríamos sospechosos. Y yo no me voy de aquí sin sacar tajada. ¡Qué yo no me voy de aquí!

Pol. Es que yo si no me siento, me caigo.

(DIVINO, el golfante del guardarropa, pasa con las botellas.)

Dám. (En vista de lo infructuoso de sus «pesquisas».) Yo también me he cansao. ¡Ea! ¡Oiga, el del sifón!

Div. ¿Qué hay?

Dám. Diga, ¿la dueña o directora de este ateneo, anda por ahí?

Div. ¿Para qué la desea?
Pol. Es para una interviú.
Div. ¿Como? (Empina el sifón, amenazando.)
Dám. Una interpelación, un interrogatorio...
Div. Será un prontuario.
Dám. Eso es.
Div. La diré que salga. (Vase al comedor.)
Dám. Se estima, joven.
Pol. Dámasa, ¿qué ha hecho usted, Dámasa? Usted no sabe que la dueña de esto es la Picá. Usted no sabe que la Picá se pica en seguida.
Dám. Chito y déjame a mí, que ahora es cuando empieza el baile. ¿Que no empieza el baile? ¡Ya lo creo que empieza el baile!
Pol. (Horrorizado.) ¿Qué me dice usted, Dámasa?
(Salen del comedor LA PICÁ y EL DIVINO.)
Div. (Señalando a Dámasa y a Polonio.) Ahí, esa pareja de andovales.
Picá (Con cara de poquísimos amigos, con voz aguardentosa e insultante, y puesta en jarras.) ¿Me buscaban ustedes?
Pol. Nos la hemos buscao.
Dám. Misté, señora, bien mirao, no es a usted a quien buscamos, es a una... bueno, una pista, ¿sabe usted?
Picá ¿A una pista?
Dám. Una pista, sí, señora.
Picá Pues dense ustedes una vueltecita.
Dám ¿Eh?
Picá Lo digo al tanto de que ese femenino no se ha personao aún.
Pol. To llega. Y si no, al tiempo.
Picá (Por Polonio.) ¿Aquí, el interlocutor, es detetive?
Dám. Disfrazao de caracul, sí, señora, y una servidorita, es una cosa así como lo brigada móvile; y como nos ha dao en la pituitaria que por aquí anda lo que nosotros perseguimos, de aquí no nos movemos ni que nos haga usted chistes malos.
Picá Los que tién chistes son ustedes. ¡Como si una tuviera algo que ocultar! Una servidora tiene este baile como podía tener un puesto de castañas; la casa de una servidora es muy honrá, una servidora es muy decente y esta ronquera es de nacimiento.

Dám. Pues parece de Cazalla.
Pol. Es de Anis del Mono.
Picá ¡Ay, qué mono! Estaba por darle a usté un pegote con desprecio, pero no me hace. Y por mí ya puen ustés meter las narices hasta en el interior del «manubrio». Y pa que vean ustedes si una es como es una: desde que les he visto entrar me se ha hecho a lo que vienen ustedes y por qué y por quién, y deseando estaba yo que ustedes me se arrancasen, porque estoy hasta aquí de acongojá con esa chica y quiero que esto se acabe de una vez. Por ella y por mí, señora; por ella, al respetive de que su pecao no se merece la penitencia que está llevando, y por mí, no sea que se enreden las cosas, y mi buen corazón me cueste mis buenos disgustos y mis buenos cuartos.
Dám. Polonio, ¿qué me dices?
Pol. Deje usted que se lo diga ella todo.
Picá La Salú está ahí. (Por la puerta de la izquierda.)
Dám. ¿Ahí?
Picá Ahí con la chica.
Dám. ¿Chica? (A Polonio.) ¡Chico! (A la Picá.) ¿Qué chica? ¡O se explica usted o que me traigan una camisa de fuerza! ¿Pero cómo? ¿Pero cuándo? Esta señora es un logogrifo. ¡Pero si hace tres días la Salú estaba tan .. vamos, tan... tan natural!
Picá ¡Natural! Como que el chico tiene siete meses.
Dám. ¡Alivia!
Pol. ¡Alubia!
Picá Usted no será madre, digo yo.
Dám. Dígalo usted, señora, dígalo usted.
Picá Pues ya comprenderá usted. Lo pasao, pasao.
Dám Pero eso ya había pasao, aunque no nos habíamos enterao, y como usted dice, lo pasao, pasao; pero ahora, ¿qué es lo que ha pasao?
Picá Mu naturalísimo, señora. Que la chica s'ha puesto enferma, y que no hay quien la separe de la cuna. Usted, que no es madre, pué que no entienda eso, pero aquí el señor, que pué que sea padre...
Dám. Sí, benedictino. Cuente usté.

Picá Un folletín, señora, un folletín: La Salú es pa Paca la Picá y pa el baile de Paca la Picá una hija adoptiva y predilecta. Usté calcule, desde los catorce años está viniendo a esta casa, como quien dice diariamente tós los días; aquí ha triunfao en postín, aquí ha dao achares, ¡la reina del baile ha sido! Aquí conoció a ese mal hombre, Paco el Camarerito... Y s'hubiá matao, si alguien se entera de su desgracia. Me pidió amparo, y yo se lo dí, ¿por qué no?, si es buena, y... ¡ahí la tién ustedes! Tó su afán ha sido ocultar a su madre el tropezón y parecer tan honrá como la primera, pero en cuanto la chica ha pescao un asiento de ná, ha saltao por to y s'ha clavao a la cabecera de la cuna, pase lo que pase.

Dám. Eso es una madre, y lo demás es una prima segunda. ¿Cómo que no? (Exaltada.) ¡Vaya que sí! Eso es la madre, señora, que s'ha despertao...

Pol. ¡Bueno, que va usted a despertar a la chica! (En el comedor suenan palmas, pataítas y guitarreo.)

Dám. ¿Y el padre?

Picá ¿Quién, Paco? Ese en cuanto vió la faena que había hecho, se hizo el loco, y si te he visto no recuerdo bien dónde.
(Cantan en el comedor.)

«Yo te quise una semana
y a la otra no te quise,
porque no me dió la gana.»

Pa que ustés se enteren, vamos, ese que canta en el comedor es Paco el Camarerito.

Dám. Y ella...

Picá En esta alcoba de al lado, tomándole al crío la temperatura y llorando bajo cuerda.

Dám. (Da un grito.) ¡Polonio!

Pol. (Que se había dormido de pie, se despierta y grita.) ¡Dámasa!

Dám. Tú no tienes vergüenza si no coges a Paco el Camarerito y le arrimas...

Pol. ¡Una silla! Pa cien años que va uno a vivir...

Picá Eso de Paco es cosa perdida.

Pol. Aquí lo que procede es convencer a la chica

y llevársela a su madre y contarle lo del chico a su abuela.

Dám. Eso lo dirás tú que no tiés principios, ni siquiá orduvres, pero yo sé lo que vale una honra, ¿que no sé lo que vale una honra? ¡Ya lo creo que sé lo que vale una honra! ¡Y tres más! Y conozco los derechos de la mujer y los deberes del que la hoya... y ese Paco que ha hoyao a la Salú, me oye.

(EL DIVINO vuelve a salir ahora con un frasco de jarabe.)

Div. El jarabe...

Dám. (Sin saber por qué dice lo que dice.) ¡Y tanto que el jarabe! ¿Qué jarabe? ¿Es pa la criatura?

Picá A ver. El papá toma Monóvar y la mamá tila..

Dám. Déjeme usted a mí. Voy a darle yo la cucharada. Aguárdete ahí, Polonio, que tú no estás pa estos tragos tan amargos. ¿Por dónde ha dicho usted?

Picá (Señalándola la puerta de la izquierda.) Por aquí. Pero a ver si la regaña usted con dulzura...

Pol. (A Dámasa.) ¡Bébase usted el jarabe! (Hacen mutis Dámasa y la Picá por la izquierda. Quedan solos el Divino y Polonio.) Oiga usted, jóven guardarropero, ¿usté no tendría por ahí a mano una mecedora?

Div. Tenía.

Pol. Aunque fuese una silla de tijeras o sus similares.

Div. Ahí dentro hay bancos.

Pol. Es que yo no me puedo mover de aquí

Div. (Adormilao.) S'hubiá usté traio el Banco de España. Aquí no hay más asiento que éste (Por el del guardarropa.) y lo precisa menda para echar un sueñecito. (Echándose de bruces sobre el mostrador.) Buenas noches.

Pol. (Bostezando.) También usted es refinao, rediez; necesita usted pa dormir más comodidades que el galgo de un Grande de España. Verá usted qué bien se duerme de pie. No hay más que cerra los ojos. (Cierra los ojos y cruza los brazos.)

Div. (Alzando la cabeza.) ¿Eh? ¿Qué? ¿Eh? ¿Decía usted algo? (Alzando la voz.) ¿Que qué decía usted?

Pol. (Roncando.) ¡Grrr! ¡Grrr!...

Div. ¡Mi madre, qué fenómeno! (Vuelve a echarse de bruces sobre el mostrador.)

(En el comedor estalla una bronca estrepitosa; suenan bofetadas, se rompen platos, se oyen gritos, y de espaldas al público salen PACO EL CAMARERITO, UN CHULILLO, elegantísimamente trajeado, que trae su «media lagartijera» de aguardiente, y MANOLO EL TOCAOR, hombre cargado de hombros, con su tupé, su bota clara y su voz bronca, que con una mano sujeta a Paco y con la otra enarbola una guitarra.)

Man. Pero déjala, panoli, ¿Te vas a pringar en un juicio por esa tonta? (Le empuja al centro de la escena.)

Paco A mí no, hombre, déjame. ¡Postinerías, no! Pa postinero, menda!

(Salen del comedor, con los mantones en desorden, MERCEDES y SAGRARIO.)

Sag. (Huyendo de un arranque que da Paco el Camarerito hacia ella.) ¡Ay!

Paco ¡Como me llamo Paco el Camarerito, que te las estás buscando!

Merc. (A Sagrario.) Y te estaría muy bien empleao. Te pones más pesá que un kilo de churros.

Sag. ¡Ea! Si no sé bulerías, ¿cómo las voy a cantar?

Paco ¿Pero tú sabes a quien le has negao?... ¡¡Esta pamplinosa!! (Arrancándose.) ¡Pero no te vale, ¡maldita sea la!... (Jurando.) Por éstas, que...

Man. (Sujetándole.) Vamos, Paco, ¿por éstas te vas a perder?

Paco ¡Por éstas! (Se las jura.)

Sag. (Despectiva.) Ni por éstas ni por las otras. Ese no se pierde por nadie.

Merc. (A Sagrario,) ¡Pero cállate ya!

Paco ¡Déjala! (Muy postinero se acerca a la puerta de la izquierda, y dice a voces.) ¡A ver, el de la orquesta!... ¡Rubito!

Org. (Dentro.) ¿Qué hay?

Paco (A voces.) Cambia el cilindro, que va a entrar Paco el Camarerito con su pareja. (Suenan aplausos dentro. Paco los agradece diciendo.) Se estima.

Org. (Dentro.) ¿Y qué va a ser?

Paco (A voces.) Pon una habanerita... y pon el ladrillo en medio, pa no salir de él en toa la

pieza. (Vuelven a sonar los aplausos. Paco se dirige a las mujeres muy pinturero.)

Sag. (Embobada.) ¡Qué chulo es!

Pol. ¡Olé los tíos!

Paco (A las dos.) Joven, ¿tiene usted el honor de bailar conmigo?

Sag. (Agarrándose decidida al brazo de Paco.) Vamos, Paco, tiés unas cosas.

Paco (A Sagrario que está agarrada de su brazo) ¿Y usted quién es, si se puede saber?... Porque yo me dirigía aquí a la joven. (Por Mercedes.)

Sag. (Soltándose con pena.) ¡Paco!

Merc. (Agarrándose alegremente.) ¡Paco!

Paco (A Mercedes.) ¡¡Madrinaza!! Ya estás enfocando p'allá, que ésta es la nuestra... (Por Sagrario.) Y ésta ya no es la mía.

Merc. ¡Andandito!

Paco Pues alivia. (A Manolo.) Tú, arrea, y vete haciendo el despejo. (Manolo entra en el salón de baile. A Sagrario.) Cuidado con que tú bailes con nadie, ¿te enteras? (Dirigiéndose al salón con Mercedes.) ¿Es usted por un casual de Madrid?

Merc. Tres peces, tres...

Paco ¡Vamos a verlo! (Entra con Mercedes en el salón.)

Sag. (A Polonio.) ¿Ve usté? ¿Pero ve usté?

Pol. ¡Hay que ver!

Sag. ¡Si es lo que él se buscaba! ¡Si tó lo que ha armao ha sío pa dejarme a mí y llevarse a esa!

Pol. ¡Déjele usté: pa cien años que va uno a vivir!...

Sag. ¡Usté es un optimista! ¡Qué va a vivir esa cien años!... Si ya lo veía yo. ¡Si esa también se trae lo suyo! ¡Pero se va a llevar lo mío! ¡Como me llamo Mercedes! ¿Usté no baila?

Pol. ¡Ya he bailao, morronga!

Sag. Pues va usté a seguir bailando hasta que se descomponga por piezas. Vamos: si no es que le repuzna una servidora. ¿Usté gusta?

Pol. No: un bocao ya tié usté.

Sag. (Agarrándose desesperadamente al clavo ardiendo.) Pues déjese llevar y déjese querer, que tó corre de mi cuenta.

Pol. Y por la mía, ¿quién corre? Porque yo no corro.

Sag. No se amilane, pollo. ¿Usté cree que Paco está enfadao?

Pol. ¡Enfadadísimo!

Sag. ¡Quiá! Son achares. Ese enfado no es de corazón. Si al verme con usté se enfada de corazón, es que me quiere. (Llevándoselo casi a rastras.) Ande usté que no sé por qué me da en las narices que va a ser de corazón.

Pol. Pues a mí me da en el corazón que va a ser en las narices. (Mutis a la fuerza.)

(Salen por la izquierda la DÁMASA, SALUD, enjugándose las lágrimas, y la PICÁ.)

Dám. (A Salud.) Y se acabó el lloriqueo. Después de tó, el chico no tié más que un asiento, ¿y qué?

Salud (Llorando.) ¡Está mu agitao!, ¡mu agitao!

Dám. La incomodidad del asiento, señor.

Picá Si ésta llora por lo que llora.

Salud Pues se equivoca usté. A mí, Paco, me tié sin cuidao. A mí me tocó perder y en paz.

Dám. Lo del camarerito son otros Lópeces. Ese no se va de rositas, como me llamo Dámasa. (A la Picá) Porque me llamo Dámasa, ¿sabe usted?

Salud El hombre es libre, Dámasa.

Dám. Y la mujer libreta. ¡Nos ha intoxicao! No sé en qué texto has leído tú eso de que un ser porque pertenezca al masculino se va a burlar del femenino y de gratis. (Rápidamente a la Picá.) Ah, no señora. (A Salud.) Y si a ti te faltan agallas, aquí estoy yo y aquí está Polonio. ¿Que no está aquí Polonio? (Vuelve la cabeza y no le encuentra.) ¡Pues no está Polonio!

Salud Ni hace falta. Yo no quiero más que nadie se entere de mi desgracia.

Dám. Eso, ¡ni te preocupes! De lo que a ti te ha pasao no se entera nadie, ¡nadie!, y al que se vaya de la lengua se la arranco. ¿Que no se la arranco? (A la Picá.) ¡Pruebe usted!

Picá ¡Señora!

Dám. Pero es preciso que ese mal hombre...

Salud No, eso no. Yo no tengo otra esperanza que mi hijita, ni quiero otra cosa mejor. Por ella seré buena, por ella lo soy. Dámasa, yo le juro a usted que soy buena. Si soy madre,

¡madre!, ¿cómo no he de ser buena? Ná quiero ya de ese hombre, ¡ná! Mi vida entera, mi persona entera es pa mi hija, que ya no me acaricia, que ya no se ríe, como si lo hubiá comprendido tó. ¡Dale la salú, Virgen de la Paloma! (Solloza. Lloran las tres mujeres. El pianillo del salón, muy lejano, da al aire las alegres notas de una habanera.)

Dám. (Después de una pausa durante la cual, llorando se ha acercado a la puerta de la izquierda, dice muy bajito a la Salud.) ¡La niña!

Salud (Haciendo mutis sin gritar.) ¡Hija! (Sigue el pianillo con su habanera.)

Dám. (Acongojada y quedamente.) ¡Y no conocer yo al Camarerito!... ¡No quisiera más que se me pusiera delante! (Después de otra pausa ahogada por el llanto, grita saliéndole una voz muy rara.) ¡Rediez! ¡Que se calle ese pianillo! (Se produce un escándalo en el salón de baile.)

Voces (Dentro.) ¡Ay! ¡Socorro! ¡Sujetarle! ¡Que se matan! (Suenan bofetadas, se oyen gritos e inmediatamente salen huyendo del salón e invaden la escena, puntos y puntas del baile; porque si ellos se llaman puntos, ¿por qué no se han de llamar ellas puntas? ¡Miren ustedes por dónde puede ser esto motivo de una papeleta para la Real Academia! Como se dice, van saliendo asustados como conejos ellas y ellos del salón, pero no todos a la vez, aunque sí seguidamente y por grupos. Los últimos que salen son MERCEDES, SAGRARIO, MANOLO EL TOCAOR y PACO EL CAMARERITO, a quien sujetan tres o cuatro.)

Picá ¿Pero qué pasa?

Div. (Despertando.) ¡Se vende leña!

Pan. (A Paco.) ¡Déjala ya!

Paco ¡Que me suelten! ¡Vamos, hombre! (Dando voces.) ¿Dónde está? (A Sagrario.) ¿Pero quién es ese suicida que bailaba contigo?

Merc. (A Sagrario.) ¿Ves la que has armao?

Man. (A Paco.) Ya está bien, ¡que le has arrimao diez pegotes en menos de ná!

Paco ¡Soltarme!

Dám. (A la Picá.) ¿Pero a quién l'han pegao?

(Y sale POLONIO el último, tranquilamente, pausadísimamente, con una mano en la nariz.)

Pol. ¡Pues no sé por qué corren ustedes tanto!

Ellas ¡Ay! ¡Ay!

Ellos (Sujetando a Paco.) ¡Quieto, Paco!

Pol. ¡Quieto, Paquito! ¡Pa cien años que va uno a vivir!

Dám. (Interponiéndose.) ¿Pero qué va a ser esto?

Paco Que ya se me han hinchado a mí las narices.

Pol. ¡Anda! ¡Al que se le han hinchado es a mí!

Dám. ¿Peró qué ha sío?

Pol. Aquí el beodo que se m'ha arrancao.

Dám. (A Polonio.) ¿Y quién te manda a ti meterte con este señor a quien no tengo el gusto de conocer?

Paco (Dándole la razón a la Dámasa.) ¡Ele! El que no sabe es como el que no ve y ese no sabe con quién se gasta los cuartos. Porque aquí hay un hombre. ¡Un hombre con toa la barba!

Dám. Pues lo disimula usted mucho, pollo.

Paco (Enérgico y postinero a Dámasa.) ¡Con toa la barba, señora! ¡Levante usté acta! ¡Está usté hablando con Paco el Camarerito!

Dám. ¡Ah!, ¿sí? (¡Zás!, le da un bofetón que le descompone el tipo.)

Pol. ¡¡Afeitao!! (Cuadro. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Un pasillo en un Juzgado municipal. (Decoración corta.)

Al foro dos puertas practicables: una, la puerta de entrada, y otra, sobre cuyo dintel se lee: SALA DE AUDIENCIAS.

A la izquierda, una sobre la que se lee: ALGUACILES, y a la derecha otra, sobre la que se lee: SECRETARÍA. Bancos convenientemente distribuídos y arrimados a la pared. Todo muy viejo y muy despellejado.

—

(Al levantarse el telón están en escena: de pie, PACO EL CAMARERITO, con tafetanes en la cara; MANOLO EL TOCAOR, con la cara entrapajada y con un brazo en cabestrillo; el GUARDIA número 280, y el ALGUACIL, viejo nervioso, que ya entra, ya sale, llamando a los enjuiciados, y no cesa de moverse, hablar, gritar y tomar pitillos. Sentado en los bancos están: Un SERENO, sin chuzo; un TRANVIARIO, el GUARDIA número 308, un TÍO BRUTO, bigotudo, que se apoya en un bastón-estaca, una joven con tipo de MODISTILLA; un CARRETERO, con sus pantalones remangados y una tralla, y un SEÑORITO, pimpi, pálido y flacucho. Se oye dentro en la «Sala de Audiencias» un campanillazo.)

Carretero (Bostezando a lo carretero.) ¡Ah! ¡Brrr! (Al Alguacil.) ¿Pero cuándo me llega la vez? ¡Contra!

Alg. Tenga paciencia, caballero.

Tío (Ofreciendo un cigarrillo al Sereno) ¿Usté fuma?

Ser. (Cogiéndolo.) Por no desairar... (Se lo pone detrás de la oreja.)

Alg. (Que ha salido disparado de la «Secretaría», entra en la «Sala de Audiencias» llamado por un campanillazo y vuelve a salir, leyendo en unos papeles.) «Cándido Refreno y Galante.»

Tran. Servidor.

Alg. (Leyendo.) «Serafín Pulido y Delicado.»

Carretero Aquí está.

Alg. (Leyendo.) «Número 303.»

Man. Capicúa.

G. 303 Presente.

Alg. Vamos. (Les hace pasar a la «Sala de Audiencias» conforme van compareciendo. Al tío Bruto de la estaca, a la Modista y al Señorito pimpi.) Ustedes pasen ahí a Secretaría, que ahora sacaré la sentencia. (Los aludidos hacen mutis por la puerta indicada, claro es, que guardando las distancias convenientes.)

Paco (Repartiendo cigarrillos al Guardia 280, a Manolo, al Alguacil y al Sereno, que está cerca de ellos.) Ahí va.

Ser. (Cogiendo el cigarro.) Muchas gracias. (Se sienta en el banco.)

Paco (Al Guardia.) De manera que yo ahí dentro tengo que decir que estaba bailando tan sosegao, cuando que en esto el llamado Polonio fué y me echó la zancadilla, que yo dije ¡ay!, que el tío al oirlo empezó a injuriarme, que yo le dije encima: ¡usté dispense, caballero!, y que al ver que yo me achantaba se lió conmigo a patás.

Man. Y conmigo.

G. 280 Eso es.

Paco ¡Pero si fué al contrario!

G. 280 No le hace. La cuestión es que no le cueste a usted un ojo de la cara.

Man. Cerca le anduvo.

Paco Es que el juez sacará la verdad, digo yo.

G. 280 ¡Qué va a sacar, hombre! ¿Y a él qué le importa? Los otros dirán lo que ustedes y en la duda, pues pagan todos.

Paco ¡Alivia!

Man. ¿Pero es que encima de los desperfectos que me hizo a mí esa apisonadora voy a ir al apoquinen?

G. 280 Aunque le hubiera a usted hecho tapioca Aquí todo el que entra, ya se sabe: 17,50. Y es la tarifa X-4, que las hay de no te menees.

Paco ¡Agarra!

Man. ¡Nos ha dao usté el té, guardia.

G. 280 (Por el cigarro.) ¿Va usted a echar lumbre?

Man. ¡Si le parece a usté es pa echar horchata! (Enciende una cerilla y le da lumbre al Guardia.)

Paco (Tirando con rabia el cigarro.) ¡Maldita sea la perra!

(Sale el Señorito pimpi de la «Secretaría» como una bala; viene ciego, no sabe por dónde salir a la calle, tropieza con Manolo, con el Guardia, quiere filtrarse por la pared del fondo y, por fin, topa con la puerta y ¡la del humo!

Man. ¡Qué bárbaro! (Voceándole.) ¡Usted perdone!

G. 280 (Muy serio.) ¡17,50!

Paco (Que no se puede estar quieto, ni de pie, ni sentado de nervioso.) Vamos a echar otra copa.

Man. Vamos.

G. 280 ¿Y si nos llaman?

Man. Que nos pongan un continental. (Se van a la calle. Salen de la «Sala de Audiencias» el Tranviario, el Carretero y el Guardia número 303.)

Alg. Ahí a Secretaría.

Carretero (Al 303.) Bueno: ¿y usté s'ha enterao de lo que m'ha salío?

G. 303 Una erupción. Ahora se lo dirán a usted! (Entran en «Secretaría.»)

Alg. (Que ha entrado en la «Sala de Audiencias», sale y llama a gritos.) ¡¡Celestino Pérez!! ¡Y van diez llamamientos! ¡¡Celestino Pérez!! ¿Acudirá a palmadas como es sereno? (Da palmadas y grita como se grita a los serenos.) ¡¡Celestinoooooo!! (El Sereno, que está sentado en el banco, no se mueve.) ¡Ná! (Sale de «Secretaría» el tío Bruto, precedido de la Modistilla a la que empuja violentamente.)

Tío Como se te ocurra otra nochecita que te lleve al Cine, reproduzco la batalla de Tetuán.

Mod. Pero, tío, ¿dónde vamos a esparcirnos? ¡Si es lo más económico!

Tío No; si el Cine será barato, pero, rediez, ca vez que vamos, 17,50. ¡Me abono al Real! (Abre la mampara con la estaca y desaparecen.)

(Salen por la primera puerta de la derecha DÁMASA y SALUD.)

Dám. (Como replicando a uno de dentro.) ¡Que no me da la gana de callarme! ¿Que me calle? ¡Ya lo creo que no me callo! ¡Nos ha fastidiao el calvorota! Lo podía haber dejao pa Semana Santa. ¿O es que tié una que saberlo tó? ¿No nos ha visto ahí sentás hace media hora? Pues señor: se pregunta: ¿ustés a qué vienen?, y no que se está con las narices metidas en los papelotes y, claro, una se cree que es el usía. ¡Mía si no se me ocurre preguntar! ¡Vamos, del inquilinato tenía que ser!

Salud Dámasa, no se encarame usted. ¡Si viera usted cómo tengo los nervios!...

Dám. Pero tengo yo la paciencia de estar ahí sentá... ¡Yo! ¡Sentá! ¡Sentá yo! ¡Ay mi madre, yo sentada!

Alg. ¿Qué le pasa a usted, señora?

Dám. (En furia.) Ná; aquí que venimos a tener juicio.

Alg. ¿Trae usted la citación?

Dám. (Furiosa.) Me la he dejao en su casa de usté.

Alg. ¿Cómo en mi casa?

Dám. ¡Ya lo creo que en su casa de usted! ¿O es que aquí no se pué ser fina? (Recalcando.) En su casa de usté, en la mía vamos, pero es un decir, que allí tiene usté su casa.

Alg. ¡Ah, bueno: siéntense ustedes!

Dám. ¿Que me siente yo? ¡Un rábano!

Salud (Dando una «pataíta» en el suelo y mordiendo un pañolito.) ¡Ay, Dámasa, yo no sé pa qué m'ha traío usté con usté! Cá vez que pienso que voy a ver entrar a ese canalla por ahí, parece que se me envenena la sangre.

Dám. Eso pa la «Xirgu» pué que fuea un lleno. ¿Es que aspiras a que yo te lo arregle tó mientras tú te estas en mi casa leyendo *La Novela Cómica?*

Salud De ninguna de las maneras; pero es que a mí a este juicio no m'han citao y esto es meterse donde no la llaman a una.

Dám. Ahí tiés tú lo que son las cosas. Sin embargo, otras veces que t'han citao no debías haber ido.

Salud — Se pone usté incapaz.

Dám. — ¿Es que aquí venimos sólo por lo del Verdún de la otra noche? ¿Es que se puén dejar las cosas como están? Por ti, allá tú, y por mí como si te quieres quedar en mi casa hasta el día del juicio. Ahí nadie te conoce; a tu madre se le ha hecho creer que te has ido a Buenos Aires; en mi barrio eres pa tó el mundo tan honrá como la primera, y nadie sabe tu desgracia, ni lo sabrán en la vida. Eso está arreglao. ¿Pero y la chica? ¿Es que va a pagar la pobre criatura la manzanita que te has comido tú con ese Adán? ¡De dónde! ¿Que no de dónde? ¡Ya lo creo que de dónde! Llega el día de mañana y ¡a ver! Ahí se encuentra una moza sin apellido y sin padre... y no carga con ella nadie. Por eso, como Paco está huído y si no es hoy ya no le vemos el pelo, se explica tu presencia. Y déjate de nurastenias, que hay que tener menudillo y no dejarse atropellar. (Sale de «Secretaría» el Carretero y sale tan ciego, que atropella a la Dámasa.) ¡Ahí va... esa mosca!

Carretero — (Hecho una fiera, tirando al suelo la gorra, rechinando los dientes, empuñando la vara con furia, subiéndose la faja y sin poder hablar de coraje, se detiene de vez en cuando, como dudando si irse a la calle o liarse antes a trompazos con todo el mundo.) ¡Maldita sea la!.... ¡Me caso en él!... ¡Puñales con!... ¡Así me... me!... ¡Maldita sea mi... mi!... ¡Maldita sea la!.. (Abre la mampara de una patada y sale bramando.)

G. 280 — (Entrando de lado, para dejar paso a la fiera. Filosófico.) ¡¡17,50!!

(Entran con el Guardia 280, PACO y MANOLO.)

Salud — (Que se había sentado, se levanta como por un resorte.) ¡Ahí está!

Dám. — (Asustada del «pronto» de Salud.) ¡Chica! Bueno: ¡ni que fueras de sorpresa!

Paco — (A Manolo.) ¡La Salud! (Se hace el distraído.)

Man. — (Mirando y yéndose a ocultar detrás del Guardia.) ¡Y doña Juana la loca!

Dám. — (Apretándose el mantón. A la Salud.) ¡Y que va a ser ahora mismo! (Campanillazo en la Sala de Audiencias. Entra en ella el Alguacil y sale el Tranviario de Secretaría y hace mutis. La Dámasa se dirige a

Paco, que silba tranquilamente haciéndose el loco. Manolo se refugia detrás del Guardia.) ¿Me permite usted unas palabras, joven?

Paco (Se la queda mirando sin dejar de silbar. Al cabo rompe.) Si va usted a ser breve, bueno. (Sigue silbando.)

Dám. Seré telegrámica; pero haga usté el favor de guardarse la ocarina, que no pasa un alma.

Paco Eso está bien. Se reconoce. (Se calla y toma un aire de indiferencia, que va cambiando en aire huracanado hasta que estalla.)

Dám. Lo que es preciso que reconozca usted no es eso.

Paco Por ahí se va usted al Pardo.

Dám. Y usted a la Sacramental de la Almudena.

Paco Eso será lo que cante un ciego.

Dám. Eso será la fija como se empeñe usted en ponérseme de punta, y en no mirar lo que tiene que mirar.

Paco ¡Hay que ver!

Dám. ¡Hay que mirar!

Paco (Enfadado.) ¿Pero mirar qué?

Dám. Pues mirar que usté tié una hija, y usté debe mirar por su hija; mirar que ahí tié usté a la Salú, que es la madre de su hija, y mirar que usté debe mirar por la Salú.

Paco Buena gracias.

Dám. ¿Pero es que es chufla? ¡Ay, qué tío! ¿Pero usted se cree que se pué hacer lo que usted ha hecho y luego hacer lo que está usted haciendo?

Paco ¡Señora! No me venga usted a mí con quisprocuos y acuéstese.

Dám. El que se va a tener que acostar va a ser usted de la paliza que le estoy bordando.

Salud ¡Dámasa! ¡Déjale!

Dám. ¡Sin muelas!

Man. (Sujetando a Paco que hace ademán de atizar candela.) Vamos, Paco.

G. 280 ¡Circulen!

Paco ¡Nos ha tocao la rapsodia húngara!

Dám. (Sujeta por Salud.) ¡Golfo!

G. 280 ¡Circulen!

Paco ¡Carantigua!

Dám. ¡¡Concejal!!

Alg. (Gritando.) ¡Dámasa Callejo! ¡Francisco López! ¡Manuel Mingo! ¡Número 280!

G. 280 ¡Circulen! ¡Circulen! (Empuja a unos y a otros y entran todos en la Sala de Audiencias.)

Alg. (Llamando.) ¡Polonio Batanero! ¡Polonio Batanero! ¡Polonio Batanero!

Ser. (Dirigiéndose al Alguacil.) ¿Soy yo?

Alg. ¡Usted sabrá!

Ser. ¿Cómo?

Alg. (Gritando mucho) ¡Que usted sabrá!

Ser. ¡Es que como no se le oye a usted bien!...

Alg. ¡Atiza! ¿Usted cómo se llama?

Ser. Celestino Pérez Mondoñedo.

Alg. ¡Anda Dios! ¡Pero si lo de usted ha sío a las nueve y media! ¡Se lo diré al señor Juez!

Ser. ¿Cómo?

Alg. (Sacando un cigarrillo para fumárselo.) Que se lo diré al señor Juez.

Ser. (Cogiéndole el cigarrillo.) Por no desairar... (Se lo pone detrás de la oreja.)

Alg. (Suena un campanillazo en la Sala de Audiencias.) ¡Va! (Entra.)

(El Sereno se sienta de nuevo.)

(Entra POLONIO muy tranquilo con las manos en los bolsillos del pantalón y empujando la puerta con el pie. Viene hablando solo, filosóficamente.)

Pol. Yo, estoy de pronóstico. Desde que he trasladao mi domicilio al de la Dámasa me ensimismo, soliloqueo, y en cuanto que me adormilo se me aparece un redondel con puntos blancos, después le salen puntos verdes, se alarga, se agranda, se vuelve de color de fuagrás y ¡zas! se me aparece la Dámasa llamándome zángano. A mí me han cambiao mientras dormía. Y si no a ver: ¿cuándo he llegao yo a tiempo a ninguna parte? Pus aquí estoy ya, y aquí no hay nadie y esto debe ser que me he adelantao. Yo estoy peor. ¿Será que estaré enamorao? ¡Pues no me da la gana! ¡A ver si es que las mujeres van a mandar en los hombres! ¿Pero de cuándo? ¿Pero de qué? ¿Pero de dónde? Y sobre to, pedazo de trozo: pa cien años que va uno a vivir, ¿quién te mete a ti en complicaciones? A ver si están aquí dentro. (Entra por la primera puerta de la derecha.)

(Salen de la Sala de Audiencias, Dámasa, Sagrario, Salud, Paco, Manolo, el Alguacil y el Guardia 280)

Dám. (Furiosa contra el Juez.) ¡Hay que ver! Es que ni escucharla a una. Sí que ha sío breve esto.

Alg. ¡Pasen, pasen a Secretaría!

Dám. Ya voy, hombre, ya voy. (Entran todos en Secretaría.)

(Sale POLONIO por donde entró.)

Pol. ¡Na! Que estoy desconocido. Que me he adelantao. Esperaré.

(Suena un campanillazo en la Sala de Audiencias. Polonio se sienta junto al Sereno, saca un pitillo, lo lía en el mismo papel, se busca las cerillas y no las encuentra.) ¿A que no va a venir nadie más que yo? ¡Si seré primo! (Al Sereno.) ¿Tiene usted una cerilla?

Ser. (Cree que le ofrece el pitillo y se lo coge.) Por no desairar... (Aparte.) ¿Qué pasará hoy que todo el mundo me da tabaco? ¡Bueno! (Enciende una cerilla y se pone a fumar.)

Pol. ¡Valiente fresco! Oiga, amigo, que no tengo más que ese!

Ser. Hay que matar el tiempo de alguna manera, sí, señor.

Pol. ¡Nos ha matao! ¡Si es sordo! ¡Cualquiera se muda a la calle de este sereno! (Alzando la voz.) Digo que ese cigarro es de mi propiedad.

Ser. ¿Eh? Como no se tome usted la molestia de gritarme, ni pío.

Pol. ¡Ah, pues yo no me molesto! ¡Pa cien años que va uno a vivir! (Cruza pacientemente las manos sobre su abdomen y se pone a aspirar el humo que expele el Sereno.)

(Suena un campanillazo terrible en la Sala de Audiencias. Sale de Secretaría el Alguacil y entra a escape en la Sala, para volver a salir de nuevo y llevarse al Sereno a Secretaría por señas.)

Alg. (Saliendo de Secretaría.) ¡Va! ¡Va! (Mutis.)

Pol. (Aspirando.) ¡Pues no había yo caído en lo cómodo que resulta esto.

Alg. (Saliendo de la Sala. Al Sereno.) ¡Eh, amigo, por aquí! (Se lo lleva a Secretaría.)

(Al mismo tiempo que entran en Secretaría el Sereno y el Alguacil, salen de ella Paco, Manolo, el Guardia número 280, Dámasa y Salud, por este orden.)

Paco (A Manolo.) ¡Chico, qué bien! ¡Así da gusto!

G. 280 Es el primer caso.

Paco Pues lo que es yo, vuelvo en cuanto se tercie.

Man. Y tú serás el primo si no lo haces.

Pol. (Sin levantarse.) ¡Rediez, los interfectos! ¡Ahora me pegan!

Paco (A Manolo, por Polonio.) Anda, tú, ¡la víctima! (Se echa a reir estentóreamente.) ¡Ja, ja, ja!...

Man. ¡Tiene gracia! ¡Ja, ja, ja!... (Escandaliza riéndose.)

Pol. ¡Y se ríen! ¡Claro, como que debo haber venío con dos horas de anticipo!

(Se van Manolo, Paco y el Guardia 280, por el foro y salen DAMASA y SALUD.)

Dám. (Indignada.) A ese tío, (Por el de Secretaría, es de suponer.) ya lo he filiao yo. No te preocupes. ¡Ya caerá!

Salud Cállese usted, Dámasa.

Dám. ¿Yo callarme? ¡Pues no me callo! ¡Ya lo creo que no me callo!

Pol. (Sin levantarse.) ¡Caray, a buenas horitas llegan ustés! ¡La de la sopa!

Dám. ¿Ah, sí? ¿Ya has aterrizao, hijo? ¡Ay, qué mono! ¿Sabes lo que pasa? Pus que el Paco libre, el tocaor libre, yo libre, y tú por zángano, por no comparecer, por condenao y por retecondenao, condenao y retecondenao...

Pol. (Alzándose rápidamente por primera vez en su vida.) ¡Mi madre!

Dám. ¡Ay, que le he pisao en el resorte! ¿T'has fijao tú? Ya se levanta solo y to. ¡Animalito!

Pol. ¡Mi padre! (Sin poder hablar bien.) ¿Pero has dicho que condenao?

Dám. Y tanto. ¿Tiés ahí setenta beatas? Pues pasa, pasa y te las dirán de misas.

Pol. (Cada vez más aturullado.) ¡Mi tía! ¿Has dicho setenta beatas?

Dám. He dicho que catorce días de cárcel, porque ¿de dónde vas a sacar tú esa fortuna? Y ganártela, por sabido, que no te la ganas. Digo, ¡ya te las ganao!

Pol. ¡Mi abuela! (Loco del todo.) ¿Has dicho que catorce días de cárcel? ¿Yo encerrao catorce días? ¿Yo catorce días sin verte a ti? ¡Guaú! (Exaltándose) ¡Eso sí que no! Yo no puó pasar

sin verte; yo no pueo pasar sin que tú me increpes y me grites y me llames zángano y haraganote y farola y... ¡Que no, ea, que no! ¡Que a mí no me encierran, que yo me gano esas setenta beatas! ¿Qué hay que hacer? ¿Trabajar? ¿Y trabajar qué es? ¿Una cosa que cuesta trabajo? ¡Pus trabajo!

Dám. (Echándose a reir.) ¡Chico! ¿Trabajar tú? ¡Cómo se te nota que has perdido el juicio! (Ríe, y también la Salud.)

Dol. ¡¡Que yo trabajo!!

Pám. / **Salud** ¡Ja, ja, ja!

Pol. ¿Pero es qué cuesta trabajo creer que yo trabajo?

Dám. / **Salud** ¡Ja, ja, ja! (Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Un taller de pantaloneras. Al fondo la puerta de la calle y una ventana. En los laterales puertas. Convenientemente distribuídos por la escena, sillas, una mesa para planchar, hornillos, planchas, perchas, etc.

—

(Al levantarse el telón, nada menos que ocho pantaloneras, muy bonitas todas, que para nosotros las querríamos y que Dios nos las aumente, aparecen en escena. A saber: la RITA, la ENCARNA, la SINFO, la PEQUE, la LOLA, la LINA, la PACA y la SALUD. Esta última, que ya conocemos, plancha sobre la mesa unos pantalones. Las demás cosen. Todas ríen.)

Rita ¡Y que las que mandamos, somos nosotras...

Enc. Eso es viejo.

Sinfo ¡Pa chasco!

Lola ¡Ole!

Lina ¡Ele!

Paca ¡Eso!

Peque ¡¡Las mujeles mandan!!

Rita Y gracias a eso, los hombres valen lo que valen.

Enc. Y si no, ahí está Polonio ..

Sinfo Que gracias a la maestra, es algo.

Lola ¡Don algo, hija, don algo!

Lina Como que le ha vuelto del revés. Antes era algodón.

Paca ¡Pelote!

Peque ¡Despleciable!

Rita Pues ahí lo tienes. El domingo pasao sacó el número 2 en las carreras a pie por la Castellana. Con deciros que en la lechería donde sirve le dieron una yegua pa el reparto y lo hace a pie porque llega antes.

Peque Es que está desconocío en to. Se te alima, te dice un pilopo, te pega un pellizco, te ablaza pol la cintula, te besa en la balbilla, y cuando te das cuenta y te vuelves pa alimaile candela, está en la Ciudad Lineal silviendo un pedido.

(Llora un niño dentro. Salud se va sin decir palabra por la izquierda.)

Enc. Ya está esa con la chucha.

Sinfo Y a to esto, ¿s'ha averiguao de quién es la solista esa?

Peque De la maestla; eso está clalo.

Lola (Remedándola.) Eso lo que está es más «osculo» que parece, niña. ¿Ha faltao de aquí la maestra algún día? ¿Se ha ido a ver al tío que se tiene pa estos casos en Barcelona?

Peque ¡Ay, qué glaziosa! No es en Barcelona. ¡Es en Palís! ¡Es en Palís!

Lina Mira la Peque ésta lo que sabe.

Peque (Intrigada.) Pues si no es de la maestra, ¿de quién es esa niña? ¡Ah, yá lo sé!

Todas ¿De quién? ¿De quién?

Peque ¡Del aloyo! ¡Eso lo he leído yo en un liblo! *¡La hija del aloyo!* (Tomando gesto y tono patético.) ¡Poblecita niña que en el quicio de una puelta, atelida de flío, apletaba los puñitos y llolaba llamando a su malde: ¡Malde! ¡Malde!

Enc. ¡Ay su madre! (Le tira el pantalón que cosía.)

Todas ¡Fuera! ¡Que se calle! (Le tiran los pantalones.)

(Sale SALUD por donde entró y trae el mantón puesto.)

Salud (Lamando aparte a Rita.) Oye, Rita, ¿estarás al cuidado por si llora la chica? Me voy porque ya es la hora.

Rita Te advierto que estas curiosas andan intrigás por tus idas y venidas. El día que se enteren vas a tener que irte a Buenos Aires de verdad.

Salud ¿Y a mí qué? ¿Es algo malo lo que hago? Y sobre tó que es a mi gusto y ná más. A mí ya, tó me debe tener sin cuidado. Bien está que no sepan ná, pero el día que se enteren, ¿qué? ¿No es el padre de mi hija?

Rita ¿Y está ya mejor Paco?

Salud Lo estaba, pero *me se* figura que va a recaer. Anteanoche se la pasó delirando, según me ha dicho la hermana de la Caridad.

Rita ¿Y sabes ya cómo fué la cosa?

Salud Quita, mujer. El decía que le entrecogieron en la Ronda cuatro desconocíos y le arrimaron una paliza que le ardió el pelo.

Rita Sí, pero...

Salud Pero no hay tales lobos.

Rita ¿No?

Salud No. Ayer la Dámasa me lo dijo. Fué Polonio solamente, que se las había jurado, y le atizó como cuatro.

Rita ¡Chica!

Salud Lo que oyes. Claro, que Paco no confiesa que ha sido un hombre solo, por el aquél del amor propio, pero fué Polonio solamente.

Rita Le tendrás una hincha...

Salud ¿Yo? Yo bendigo la hora en que Polonio me lo dejó hecho papilla, porque Paco es otro.

Rita ¿Te lo ha deformao mucho?

Salud En lo físico... ya no tiene más que una nota de color en el ojo izquierdo, pero en lo moral es otro hombre.

Rita Eso hacía falta.

Salud Te lo aseguro, se acabó para siempre aquel Paco el Camarerito. Ahora es Paco, ¡mi Paco solamente! ¡Y ya es bastante, según dice él! Tú calcula: ha visto que no ha parecido por el Hospital ninguno de sus amigotes.

Rita ¡Ni de sus amigotas!

Salud ¡Ay, si Dios quisiera!

Rita Dios querrá, mujer, Dios querrá. Tú te lo mereces por buena.

Salud Y por Dios, mujer, que de esto nadie se entere.
Rita Descuida, mujer.
Salud Hasta luego, Rita.
Rita Hasta luego, Salud.
Per. (Dentro, voceando.) ¡En la sota de bastos! ¿Quién tiene la sota de bastos?
Rita (Deteniendo a Salud.) ¡Chica, tu madre!
Salud ¡Dios mío! (Disimulando.) ¡Pero qué cabeza tengo! Pues no se me había olvidado...
Rita (Disimulando. Reprochándole el fingido olvido.) ¡Pero, chica! Entra por eso, mujer... ¡Hay que ver!
Salud (Haciendo mutis por la derecha.) ¡Por Dios, Rita!
Rita (Aparte a Salud.) ¡Ni media palabra!

(En la puerta del fondo aparece la PERPETUA. Trae un plato con filetes, tomates y un repollo)

Per. (Apareciendo.) ¡En la sota de bastos! (Entrando.) ¿Quién tiene la sota de bastos? (Metiendo las narices por todas partes y por todas las puertas.) ¿Dónde está la sota de bastos?
Peque (A las demás y muy intrigada por lo que hace Perpetua.) ¡Fíjalse! ¡Fíjalse! ¡Ya está! ¡Pelo joloba! ¿A qué vendrá todos los días esta señola?
Per. ¿Está aquí por un casual la sota de bastos? (La Perpetua, en su afán de mirar por todas partes, no se fija, pone una mano sobre el hornillo, se quema y da un respingo.) ¡Ay!
Todas ¡Ja, ja, ja... ja, ja, ja!...
Per. ¿Qué pasa?
Peque ¡Se nos tila!
Per. (De malísimo humor.) ¿Se pué «saberse» a qué viene esa «hilaria», preciosas?
Peque ¡Como mila por ahí, y mila por allí, pues mila, que nos leímos y ná más!
Rita ¿Pero se pué «saberse», señora, a qué viene usté tós los días buscando sotas u caballos u reyes u lo que pinte?
Per. El naipe, que me da por ahí. ¿No está la Dámasa?
Rita ¿No la ha visto usté bastante?
Per. Es por si jugaba.
Peque Ya se la ha pasao la edad.
Per. Que te zurzan, niña. (Pregonando se va por el fondo.) ¡La sota de bastos! ¡Ha caío en la sota de bastos! ¡A ver quién tiene la sota de bastos!... (Risas en el corro)

(Mientras duran las risas, sale SALUD y se va después de hablar con Rita lo que sigue.)

Salud ¡Me deja sin respiración!

Rita ¡Anda! Ahora que tiene vuelta.

Salud Ya sabes lo que te he encargao. Sal tú delante no sea que...

(Se oye un ruido de lecheras que va en crescendo.)

Rita (En la puerta.) Ahí está Polonio.

Peque (Saltando del corro.) ¡Polonio!

Todas ¡¡¡Polonio!!!

Peque ¡¡¡El tlén espleso!!!

(Entra POLONIO, a cincuenta por hora, provisto de un porta-lecheras inmenso. Corre por escena vertiginosamente...)

Pol. ¡Sujetadme!... ¡Sujetadme! (Las chicas le sujetan entre gran algarabía.) ¡Ponedme un calzo! ¡Mirad la hora!

Peque La una y cinco.

Pol. Pues a las doce salí del *establo-cimiento* he llegao a la Prospe, he pasao por la Guinda, me he saltao a Doña Carlota y aquí estoy. ¡Ah! y además he visto una sección de cine.

Enc. ¡Coplero!

Rita ¡Quien te ha visto y quien te ve! ¡La vuelta que has dao!

Pol. ¡Anda la vuelta! Y las que tengo que dar, porque a la presente tengo agilidaz, voluntaz, asiduidaz y velocidaz, pero me falta lo mejor: arranque pa decirle a la Dámasa que la quiero. Y eso ¡no me sale! ¡Maldita sea!... En cuanto la veo, me atarugo. ¿Por qué será? Porque cuidao si es fácil cogerla así, (Pilla por su cuenta a la Peque.) darla una vuelta asi y decirla: Ven acá tú, que yo te... que la que... pa que tú... ¡ná! ¡No me sale! (En vista de eso abraza a la Peque.)

Peque ¡Polonio, que te plopasas!

Enc. Deja a la chica

Pol. Tienes razón... ¡Habiendo grandes! (Pretende abrazarlas a todas y se ve negro, porque corren, gritan y no se dejan. Arman el gran guirigay.)

Enc. (Golpeándole.) ¡Tunón!

Sinfo (Corriendo) ¡Ay!

Lola (Golpeándole.) ¡Peliculero!

Lina (Corre.) ¡Ay!

Paca (Le pega.) ¡Guasarapa!

Peque (Corre.) ¡Ay! (Gran alboroto.)

(Aparece la DAMASA en el foro con un lío en la mano.)

Dám. ¡Eh! ¡Eh! ¿Qué lío es este?

(Todas se sientan menos la tonta de la Peque, que no lo deja Polonio a puro achuchón.)

Rita ¡La maestra!

Dám. (Tirándole el lío a Polonio.) ¿Qué lío es este?

Pol. Atiza, la Dámasa.

Dám. ¡Vaya un sinvergüenza! (Polonio.) ¿Pero tú t'has figurao que yo tengo un taller de pantaloneras pa que vengas tú toas las tardes, ¡so chucho!, y me las achuches? ¡De dónde! Hay que ver este violetero lo que «pogresa.» (A las oficialas.) ¡Largo de aquí todas, que ya han dao las doce. Ahora te leeré yo a ti la cartilla.

(Se entretiene en quitarse el mantón, doblarlo cuidadosamente y ponerlo sobre una silla, mientras las oficialas van haciendo mutis.)

Rita Hasta luego.

Sinfo Hasta luego, maestra.

Peque Buenas.

Enc. Buenas.

Paca Hasta lueguito.

(Vanse las pantaloneras y quedan solos frente a frente Polonio y la Dámasa. Polonio, que ha cogido el lío de ropa que le tiró ella, se cubre la cara con él por lo que pudiera suceder, y lo que sucede es que en cuanto desaparece la última oficiala, la Dámasa se dirige a él hecha una fiera y de un golpe le quita el lío y lo tira a un rincón.)

Dám. ¡Quita de ahí, so vago!

Pol. (Herido en su amor propio.) ¡Vago yo! ¿Yo vago? ¿De manera que tó lo que llevo trotao es trabajo perdío?

Dám. Bueno, calla. (Coge una silla y se sienta.) ¡Siéntate!

Pol. ¡Yo no me siento más en mi vida!

Dám. Vamos, hombre.

Pol. ¡Que yo no me siento!

Dám. Es que tenemos que hablar largo y tendido

Pol. ¡Tendido no!

Dám. (Rápida.) Bueno, cállate. Lo de la chica de la Salud, arreglao.

Pol. ¿Dónde va usté a parar?

Dám. (*Rápida.*) ¿A ti qué te importa dónde voy a parar? ¿Tú sabes de dónde vengo? Del juzgao. Y mañana mismo cogemos a la chica, ¡ya lo creo que cogemos a la chica! Y nos vamos a ver al juez. ¡Ya lo creo que nos vamos a ver al juez! Y la chica tié madre, ¡yo! ¿yo no? ¡pues yo!; y la chica tié padre, ¡tú! ¿tú no? ¡pues tú! y la niña es nuestra. ¿Que no es nuestra? ¡La niña es nuestra y tres más! ¿Sabes lo que me han dicho en el juzgao?

Pol. Te habrán dicho tantas cosas..

Dám. ¡Pues no me han dicho más que una: diecisiete cincuenta! ¡Y al cabo de la calle! Conque, ya lo sabes: mañana vamos a tener una niña.

Pol. ¿Qué me dice usté, Dámasa?

Dám. Y ahora digo yo, dime tú: ¿qué va a decir la gente?

Pol. Pues yo creo que dirá: ¡anda la Dámasa!

Dám. ¿Y a mí qué? Después de tó, yo hago lo que hago, y tú haces... lo que yo te digo, más que por ná, por ese real de persona que hay en esa cuna. ¿Tú crees que nos lo agradece su madre? ¡Quiá, hijo! A mí no me la da la Salud. Ella va todas las tardes al hospital y se ve con el Camarerito, que un día de estos saldrá a la calle, ¿que no saldrá a la calle? ¡Ya lo creo que saldrá a la calle! y lo primero que efectúa es mandar de veraneo a la Salud y volver con sus amigotas... ¡Ah! Y arrimarte a ti un pie de paliza, que no vas a poder tenerte en pie.

Pol. ¡Hombre, estaría bueno que me arrimase una menuda encima de que cargo con la chica! Los hay desagradecidos. Ahora que, no todos los bichos vivientes tienen iguales vísceras: los hay que sabrían agradecer; yo, pongo por bicho.

Dám. ¿Tú? ¿Qué quiés decir con esa declamación?

Pol. (*Más patético.*) Dámasa: yo tengo algo aquí. (*Por la cabeza.*)

Dám. Ilusiones.

Pol. Yo tengo algo algo aquí, y te lo voy a soltar ahora mismo.

Dám. Tengo que hacer. (*Intenta levantarse.*)

Pol. (Reteniéndola.) Lo que tiés que hacer es oirme.

Dám. ¡Chico!

Pol. Para algo me he tomao yo la molestia de pensar; cosa a la que no estaba acostumbrao.

Dám. ¡¡Polonio!! (Asombradísima.) ¡¡Polonio!!

Pol. Dámasa: yo quiero ser, y tú lo estás viendo, tó un hombre honrao, considerao y hasta empadronao si se quiere y... vamos, la verdad, Dámasa, un hombre honrao, considerao y empadronao, no pué tener así como así una chica.

Dám. ¡Chico! ¿Qué? ¡Acaba! ¿Que no quieres reconocer a la chica?

Pol. No es eso, Dámasa, pero raciocinia bien, que es lo que deben hacer dos individuos de distinto sexo que tién un desliz, si además del desliz tién decencia.

Dám. ¡Polonio!

Pol. (A gritos.) ¡Casarse, Dámasa, casarse, pero que a la carrera!

Dám. (Levantándose indignada.) ¡Ah, sinvergüenza!

Pol. Pero, mujer; ¡si tenemos hasta la comodidá de tener un chico adelantao!

Dám. (Rápido y con ira.) ¡Ah, sinvergüenza! ¡golfo! ¡canalla! ¡Ya sabía yo que a eso ibas a venir a parar! ¡Si sois tós los hombres iguales! De manera que te has enmendao pa engatusarme a mí. ¡A mí! ¿A mí? ¡Golfante! ¡Claro, l'has echao el ojo a mi taller de pantaloneras! ¡Mira, qué rico! ¡Y a vivir de gorra! ¡Y a tomar el sol y a tumbarse a la larga! ¡Y.. (Con verdadera furia.) vete de aquí, que ya te he conocido, grandísimo charran! (Transición; acongojada.) Venirme a mí con esas, ¡a mí!, y cuando yo estaba más convencida de que había cambiao de verdad. ¡De verdad! (Llorando.) ¡Tó era mentira, tó era filfa, tó era un apaño, pa quitarme las ilusiones! (Llorando más.) ¡Ay, Dios mío, Dios mío de mi alma! ¡Ahora que estaba yo colá, Virgen de la Paloma! (Solloza.)

(Entra por el foro, como una tromba, la SEÑORA PERPETUA.)

Per. Muy buenas. Se acabó lo que se daba. A mí no me toma el añadío (Por Polonio.) ni tú, (Por Dámasa.) ni usté, ni Cristóbal Colón. ¡Si de tó

se entera una! Y misté quién me lo ha dicho, hombre: ¡un guardia! ¡Pa que digan que de ná se enteran!

Dám. ¿Pero se puede saber?...

Per. Por las buenas, porque yo escandalitos no. Y vamos por distritos. Mi hija, según me han dicho ustés, está en Buenos Aires...

Dám. Sí, señora; ¿quié usté un recibo?

Per. Y no lo dudo, porque ella es muy honrá y yo soy muy honrá, y ella sabe que antes quiero verla difunta que desgraciada y si ha tenío un lapsus ha hecho bien en irse al otro mundo.

Pol. R. I. P.

Per. Pa mí como si estuviera enterrá, porque yo me he hecho un nudo en el corazón con los sentimientos maternos y si por un casual volviera a España... (Con rabia.) ¡Que no vuelva, porque la vuelvo del revés!

Pol. Se la dirá a correo vuelto.

Per. Yo no soy como otras madres que se enternecen en cuanto ven a una hija, porque aquí (Por el corazón.) aquí hay una piedra con este letrero: «Has fallecido. Como resucites, te la ganas.»

Pol. ¡Qué loba!

Dám. ¡Qué hiena!

Per. Y a otra cosa: la sinvergüenza de mi hija, mejorando los presentes, se ha ido a las Américas, pero ha dejao aquí un rastro.

Pol. ¡Mira qué chiste!

Per. Y a eso voy. Porque si mi hija sale al boceras de mi esposo, que santa gloria haiga, yo no salgo a mi marío, porque eso no es natural, y si ella ha dejao aquí abandonao (Con retintín.) lo que haiga sío, yo quiero saberlo, pa hacer lo que estime oportuno.

Dám. (Aparte a Polonio.) ¿Qué hacemos? ¿Se lo decimos? ¡Está hecha una fiera!

Pol. Se lo va a comer.

Per. Oigan: secretitos en reunión es falta de educación. Y hay una posdata: A mí me han dicho que aquí la dama joven, se ha personao en el Juzgao a declarar que Polonio Batanero tié una hija. ¿Una hija, eh? ¿Tú, que vas a tener una hija? ¿De dónde?

Pol. ¡Señora Perpetua!

Per. Escandalitos, no.

Dám. Señora: ni yo he ido al Juzgao, ni aquí es padre.

Per. Eso ya lo sé. ¡Como que la chica tendrá ahora unos diez meses y hace diez meses Polonio no se molestaba por ná.

Pol. ¡Pero abuela!

Per. ¡Tú lo has dicho! (Enfurecida.) ¿Dónde está mi nieta? ¿Cómo se llama? (A voces.) ¿Dónde estáaa?

Dám. ¿Pero qué nieta ni qué?... (Llora la chavalilla dentro y la Dámasa se queda helada.)

Pol. (Aterrado y aparte a la Dámasa.) ¡Siéntate encima!

Per. ¿Eh? ¿Y eso? ¡Ah, infame! (Quiere entrar.)

Pol. (Cerrándole el paso.) ¡Pasará usté por encima de mi fiambre!

Per. (Empujando a Polonio.) ¡Quita d'ahí, espantamoscas! (Entra rápidamente, seguida de la DÁMASA.)

Dám. ¡Señá Perpetua! (Mutis.)

Pol. (Aterrado,) ¡Dios mío de mi alma!

(En este momento entra por la puerta del foro la SALUD.)

Salud ¡Hola!

Pol. ¡Ave María Purísima! (Salud pretende entrar donde está su hija.) ¡Vete! ¡Se prohibe el paso!

Salud ¿Pero qué pasa?

Pol. ¡Vete! ¡Tu madre está ahí!

Salud ¿Eh?

Per. (Dentro, dando gritos desaforados.) ¡Ay, ay! ¡Ah, mala hija; si no tienes corazón, perra! Si vuelves, te mato, ¡te mato! ¡Canalla! ¡Mal alma! ¡Mala mujer!

Salud (A Polonio.) ¿Pero qué hace?

Pol. Anda esta: cantándole la nana. ¡Huye, escóndete, que sale!

(La Salud no sabe qué hacer y consternada por los gritos de su madre, los ademanes y empujones de Polonio, y el atolondramiento natural, decide ocultarse, y lo hace detrás de una percha, en el preciso momento en que salen la DÁMASA y PERPÉTUA, ésta, roja, colérica, echando espumas por la boca, gritando como una poseída.)

Per. (A gritos.) ¡Era verdad! ¡Era verdad! ¡Maldita la hora en que te eché al mundo! ¡Mala hija!

Dám. Cálmese usté, señora Perpetua; la cosa ya no tiene remedio.

Pol. ¿Qué se le va hacer?

Per. Eso digo yo: ¿qué se va a hacer con esa criatura?

Pol. ¡Lo que se hace, señora! ¡A lo hecho, pecho!

Per. (Poniendo el grito en el cielo.) ¡Ah, si yo la cogiera! El cacho más pequeño, ni pá cordilla. ¡Que vuelva, que vuelva y la arranco el pelo, la piel, los ojos...! ¡Infame! ¡Mala hija! ¡Mala hijaaa...!

Salud (Descubriéndose.) ¡Madre! ¡Madre!

Per. ¡Ay! ¡Ay! (Echándose a llorar y besándola fuertemente.) ¡¡¡Hija de mi alma!!! (Cuadro y telón.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

La Plaza de Nicolás Salmerón en un día de la verbena de San Cayetano. La pluma del propio don Nicolás movida por un milagro del Santo, sería incapaz de dar idea del color, el olor y el sabor madrileñista de este cuadro. Al fondo, entre las barracas de las tómbolas pintorescas y la alegre nota de los carrusels, la perspectiva del genuino Rastro, con la estatua de Eloy Gonzalo, el héroe de la lata, que recibe la de la verbena con la sonrisa en los labios. Eso es patriotismo. A la derecha, el moderno «tupi» con sus mesas y sus sillas ante la puerta. A la izquierda, la calle de Embajadores, con la casa de Vicente Pastor, ante cuyo portal hay un puesto de churros, que no es un símbolo. Y en el centro, los nietos del héroe y las hijas del pueblo de Madrid, encantadas de haber nacido. Gran animación, gran ruido, gran alegría; todo a lo grande. Somos así. ¿Qué remedio?

A la derecha, la trasera de un automóvil, provisto de una pequeña plataforma, sobre la cual está un negrazo vestido de rojo, agitando una campanilla.

—

(Algunos rodean al automóvil. Otros bailan al compás de un organillo, que suena dentro y no cesa hasta la salida de DÁMASA y SALUD. Entre los que están en escena, se destacan: un tabernero que se llama el SEÑOR CAYETANO y una SOCIA de mantón de manila.)

Cay. (Bailando.) Es usté lo más bonito de la verbena.

Socia (Bailando.) ¿De veras? ¡Ay qué gracia! ¡Los tubos de la risa!

Cay. (Dándole un azote.) ¡Chuflona!

Socia (Retirándose.) ¡Señor Cayetano!

Cay. Dispense usté la jovialidad, joven; pa eso es mi fiesta onomástica. Y usté perdone, voy a invitar a estos amigos. (Deja de bailar y grita.) ¡Eh, señores! El que quiera tomar una limoná que se introduzca, que está to pagao. (Cesa el organillo, cesan de bailar, entran todos en el «tupi» y dejan solo al Negro agitando la campanilla y haciendo el ridículo.)

Negro ¡Ay, nego, que te quedas solo! Voy a remojá la campanilla. (Salta del automóvil y se mete corriendo en el tupi.)

(Salen la DAMASA y la SALUD de mantón de manila, viene Salud más contenta que unos cascabeles. La Damasa, en cambio, viene que un entierro de tercera a su lado, es un bolero.)

Dám. Lo que yo no sé es para qué me traes a la verbena.

Salud ¡Si no es a la verbena! ¡Qué me importa a mí la alegría de la verbena? ¡Pa alegría la que llevo yo dentro! Yo creo que no hay en el mundo persona más feliz que mi personilla. Si me lo dicen hace cuatro meses no lo creo. El otro día... bueno, ¡tonterías de una!, me encontré a don Ricardo el dueño del tupi, que ya me conoce, ¡a ver!, y le dije digo: Hola, don Ricardo, ¿qué tal? ¿Está usted contento con Paco? Se me echó a reir.

Dám. Claro.

Salud Y va y me dijo, dice: ¡Pa que luego digan! Pensando en él que iba. Ná, que se me va el encargao y que pué que le quite de camarero y le ponga en el mostrador... ¡Ay, no me lié a besos con el hombre porque pasaba gente! Figúrese usted, ¡con siete pesetas, un tanto en las ganancias, y...! (Abrazando a Dámasa.) ¡Ay, Dámasa, usté tiene que ser la madrina! (Indicando una mesa del «tupi.») ¿Quiere usté que nos sentemos? Hoy le toca libre y no tardará en salir. ¡La alegría que se va

a llevar cuando me vea, no la cambia por mi alegría!

Dám. ¡Y dale con tu alegría! ¡Qué ganas de mentar el embuchao de ternera en casa del pobre! (*Muy triste.*) ¡Cuando pienso que en vez de hacer una boda hubiéramos podido hacer dos... ¡Ay, Salud! ¡Con lo afinao y apañadito que estaba yo poniendo a Polonio! ¿Y luego, pa qué? Pa que el muy... pajarraco indecente, levantara el vuelo y si te he visto, fué una visión fugaz.

Salud ¿Pero no fué usté quien le echó de casa?

Dám. ¡Tienes razón! Yo fuí, yo me tengo la culpa. Estos prontos míos que me pierden. Figúrate que cuando se me declaró, de la misma alegría que me entró por to el cuerpo, lo puse de sinvergüenza y de vago, y de haragán, y de aprovechao y de gorrón, que se quería casar conmigo pa quedarse en el taller y con los pocos cuartos que una tiene, que no había por donde echarle una mano. Y luego, cuando yo esperaba que el hombre se me arrancara diciéndome cuatro zalamerías como ¡chulapona, nurasténica del bote, odalisca de Cabestreros o morronga de mi alma!, va y se va, y ya va pa cuatro meses que no le veo. ¡Con lo que a mí me hubiera gustao, sobre to, lo de morronga, porque al fin y al cabo, una es gata, y no lo pué remediar. ¡Y que toas las noches sueño conque me dice ¡morronga!, mujer. ¡Miá que es raro! ¡Pero sí, sí! ¡A saber dónde andará ese zapaquildo!

Salud ¡En el alero! Como que a los hombres hay que atraerlos con miel y no con hiel. Ahí tiene usté a Paco: solamente con las visitas que yo le hacía al hospital y con cuatro caricias a tiempo, está, que con un cordelito, me lo llevaría donde quisiera.

Dám. Lo que más siento es que Polonio haya vuelto a ser un goltante. ¡Anda y lo será! ¡A ver que va a hacer un hombre por esos mundos, sin una mujer al lao, y con cuarenta y cinco céntimos que llevaba el día de la rutura!

(*Sale* PACO *del tupi, vestido de camarero, y le pone a Salud, la mano sobre los ojos.*)

Paco ¿Qué va a ser?

Dám. ¡Una pena!

Paco (A Dámasa que llora.) ¿Pero qué es eso Dámasa?

Salud (A Paco.) El plato del día, chico; lo de siempre.

Paco Pero ¡vamos! ¿y que se aperree usted por ese golfo? ¡Déjele usted, que ese corre de mi cuenta! A mí no se me ha olvidao la paliza que me arrimó, y ese me las paga. Ya sabe ésta, (Por Salud.) que en cuanto tengo un día libre, damos un paseíto, hoy por un barrio, y mañana por otro, porque si no ha salío de Madrid, hoy, mañana, dentro de un mes, o un año, o dos... nos veremos las caras. ¡Y va a ser floja!

Dám. Atízale, Paco, pero fuerte, duro con él. ¡Sí, señor!

Paco Descuide usted. (A Salud.) Bueno, chacha; ¿vais a tomar algo? ¿No? Pues en seguidita vengo. Daremos un vistazo a la verbena.

Dám. No; yo me quedo aquí.

Paco Bueno (A Salud.) y nos acercamos en ca de la Ronca, a ver si esa sillería de segunda mano nos la deja en cincuenta reales. (A Dámasa.) Tiene usted que venir un día de estos a ver nuestro cuchitril. Es un tercero que hace séptimo, pero tenemos la ventaja de que el ascensor... le han puesto en la casa de enfrente. (A Salud.) ¿Verdad, chata? (La acaricia.)

Dám. (Sollozando.) ¿Quieren ustedes hacer el favor de no morronguearse delante de mí? (A Paco.) Y tráeme un té, a ver si se me quita esta punzá de la cabeza.

Paco ¿Lo quié usted con gotas?

Dám. De estrignina, a ver si estallo y ¡pum!

(Entra Paco en el tupi, para volver a salir luego, con el sombrero puesto y llevarse a la Salud, mientras otro camarero sirve a Dámasa el té. Salen los verbeneros del tupi y rodean al automóvil donde ha vuelto a subirse el Negro.)

Negro (Agitando la campanilla y hablando en guachindango.) Respetable públicc: Va a subir mi amo. Presten oído que no lo perderá el ilustrado público.

(Baja del automóvil y sube Polonio. ¡Pero cómo apa-

rece Polonio Viste un irreprochable frac, calza unas elegantísimas botas con primorosos botines, luce en su corbata un brillante estupendo, lleva en las manos, unos guantes crema que están como para chuparlos, se toca con un sombrero de copa de siete reflejos, lleva monocle y se ha dejado crecer unos bigotazos pobladísimos, tremendos. Habla en castellano chapurreado.)

Pol. (Agita la campanilla y enseña un pequeño frasco.) Señogas y señoges: Esto no vale nada. ¿Un dugo? ¡Non! ¿Una peseta? ¡Non! ¿quincito? ¿diecito? ¿cinquito? ¡Non! Esto non vale nada o vale un tesogo. Pogque uno tiene un dolog de costado y lo primego que le manda el doctog, es que se acueste y como uno no puede pasag el dolog de costado de pie, el jognalego tiene que acostagse, se mete en la cama, piegde su jognal, da al boticagio sus ahogos, y un dolog de costado, acostado, ¿cuánto le ha costado? ¡Es invegosimil lo que le ha costado, el dolog de costado.

(Salud y Paco se van del brazo.)

Paco (Al hacer mutis.) ¡Embustero!

Pol. ¡Ay, su madre! (Agita la campanilla.) ¡Uno pog aquí! ¡Otro pog aquí!

Cay. ¡Al *Cini*, al *Cini!*

(Desvandada general.)

Pol. ¡Otro por aquí! ¡Por aquí!...

La Socia ¡No es por ahí! (Mutis.)

Pol. (Señalándose la yugular.) ¡Es por aquí! (Salta desesperado del automóvil.) ¡Nos ha amolao, Charlot! (Vé a la Dámasa, que toma té tranquilamente, sentada a la mesa del tupi.) ¡Rediez, la Dámasa, Ahora es la mía. (Hacia la izquierda.) Gracias, Cayetano. (Se atusa los bigotes y se acerca a la Dámasa. Toca las palmas, se sienta a una mesa y sale un Camarero.) ¡Un cok-tail!

Dám. (Aparte.) ¡Vaya una porquería que se va a tomar el gachó de la chimenea! Bueno; y a lo mejor este frescales tiene algún remedio pa el dolor de cabeza y yo estoy aquí haciendo el indio. (Alto.) Oiga usté, «mosiú.» ¿Vende usted algo pa el dolor de cabeza?

Pol. ¡Oui, madame! (Al Negro.) ¡Pancho! (El Negro se le acerca y Polonio le dice en voz baja.) Tráete un papelito de bicarbonato. (El Negro obedece. A Dámasa.) Apoquine una «lúa».

Dám. ¿Una «lúa?» ¿Qué está usté diciendo? ¿Pero usted no es francés?

Pol. ¡Chamberí por Horta! Pero con esta combi, tengo auto, he comprao ese negro en un saldo y esto... (Por el alfiler de corbata.) tres mil setecientas pelas, alta tasación. Sí, señora: hace cuatro meses, Neptuno tenía más ropa blanca que yo; hoy no vendo mis camisetas por siete mil reales.

Dám. Usté es un novelista. ¡En cuatro meses! ¿Pero cómo?

Pol Trabajando.

Dám. Que le frían a usted un guardia, hombre.

Pol. Trabajando, sí, señora. A mí me despreció una mujer por pobre, y yo dije digo: ¡Ea; pues aquí hay un hombre! No vuelvo a verla hasta que trate a los duros con desprecio. Y... ¡aquí hay hombre!

Negro (Aparte a Polonio.) Mi amo el bicarbonato.

Pol. Trae. Tome usted, señora. Esto se deslíe en un poco de agua y arriba con él. El dolor de cabeza, como la tos ferina, se quita cambiando de aires y no hay nada para el cambio de aires como esto.

Dám. ¡Hay que ver! De manera que ni usted es parisiense...

Pol. No, señora; ni yo soy francés, ni ese negro es negro, ni eso le quita a usted el dolor de cabeza, ni este bigote es mío. (Se lo quita.)

Dám. ¡Polonio!

Pol. ¡Servidor! ¿Qué había?

Dám. (Abriendo los brazos.) ¡Polonio!

Pol. (Despectivo.) ¡Miau! ¡Ya lo veía yo venir! ¡Ay, qué rica! ¡Si toas sois iguales! Claro; ya le has echao el ojo a mi establecimiento y... ¡a vivir de la sopa boba! ¡Quiá, hija! ¡Los tiempos varían!

Dám. ¡Ah, sinvergüenza!

Pol. ¿Pero tú sabes las pretensiones que yo tengo?

(Salen PACO y SALUD del brazo.)

Paco ¡Polonio! ¡Si es Polonio! (Quiere abalanzarse sobre él.)

Salud (Deteniéndole.) ¡Paco!

Paco ¡Déjame!

Dám. ¡Atízale fuerte, Paco, duro con él!

Pol. ¿A mí? ¡Daban! (Se quita el frac y se queda en mangas de camisa.)

Salud (A Paco.) No, quieto. Tú no puedes pegarle a ese hombre.

Paco Es que a mí m'ha tenío tres meses en el Hospital.

Salud Es que si tú no vas al Hospital, yo no hubiera podido curarte, y tú no hubieras comprendido lo que vale una mujer buena.

Pol. ¡Ah! ¿pero ese golfo es ya persona?

Paco Lo soy. Y puedes vivir tranquilo. Tiene razón, Salud: el corazón de las mujeres manda.

Dám. (Llorando.) ¡Pero atízale, hombre, atízale! ¡A ver si me lo mandas al Hospital! ¡Pa que se entere de quién le quiere en este mundo!

Paco ¡Pues que tiene razón! (Se abalanza sobre Polonio.)

Pol. (Le amaga con la chistera, le quita la gorra y luego le encasqueta a Paco el sombrero de copa hasat las narices.) ¡Vamos, cúbrase el pollo! (A Dámasa.) ¿Pero es que no lo has comprendido, morronga mía?

Dám. (Dando un grito loca de contenta). ¡Ay, morronga! ¿Me ha dicho morronga?

Pol. (Poniéndose la gorrilla de Paco.) Morronga y retemorronga mía: ¡que yo soy pa ti y tú pa mí, y lo mío tuyo y lo tuyo mío!

Paco (Por la chistera.) ¿Qué hago yo con esto?

Pol. Tíralo, que ahora mismo voy a comprar una gorrilla de cuadros y el terno más chulón de la «ca» Toledo. Tiene razón Paco:
Nadie se tenga por grande
porque las mujeres mandan.

Dám. Y aquí termina el sainete.

Todos ¡Perdonad sus muchas faltas!

(Toca el organillo. La escena ha sido invadida momentos antes por los verbeneros que en este instante bailan animadamente en el fondo. Cuadro. Telón.)

FIN DEL SAINETE

Obras de Pedro Pérez Fernández

Al balcón, juguete cómico.
Lola, diálogo.
Tal para cual, juguete cómico.
La primera lección, monólogo.
Las Marimoñas, sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.
Los Florete, juguete cómico.
El sino perro, entremés.
El D. Cecilio de hoy, revista sevillana.
Boceto al óleo, juguete cómico.
Flores cordiales, inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.
La victoria del cake, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
La penetración pacífica, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
A la lunita clara, entremés.
A la vera der queré, sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.
El gordo en Sevilla, sainete.
Para pescar un novio... paso de comedia.
El alma del querer, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.
La fuerza de un querer, comedia en un acto.
¡Por peteneras!, sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.
La casta Susana, opereta en tres actos, adaptación y refundición española.
La canción húngara, opereta en un acto. Música del maestro Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto.

Me dijiste que era fea... comedia-sainete en tres actos (uno, prólogo.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Las pavas, apropósito cómico-lírico, música del maestro Foglietti.

El señor Pandolfo, farsa lírica en tres actos, música de Amadeo Vives.

Las mujeres mandan o *Contra pereza diligencia,* sainete en dos actos, divididos en seis cuadros.

Del alma de Sevilla. (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—(Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, 3 ptas.)

Precio: 1,50 pesetas